

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

Año VI-T.° VI-N.° 141

Administración: Cristóbal Bordiu, 1, Madrid

1.° de Mayo de 1904

Los hombres y las ideas de mañana.

Admirablemente, pero en sentido unilateral, en su genial estudio sobre *El delito político*, el profesor Lombroso ha ilustrado el tipo del regicida y del presidenticida en sus varios aspectos y en las causas que lo producen. Con razón escribe que la mayor parte de las veces no son aquéllos sino un eco de las luchas de los partidos, de las condiciones políticas y religiosas de su tiempo. No parece que surja nunca ningún regicida sin que exista un extraño fermento preparatorio en su ambiente: ya el fanatismo religioso, ya la agitación política en su revuelta de partidos y sectas, ya la necesidad económica.

Tal es, según Lombroso, la explicación del fenómeno, ofrecida hasta hace poco, como completa y exacta; pero su insuficiencia no tardó en manifestarse en presencia de los anarquistas y de sus atentados.

Ya no bastan la influencia de la naturaleza, sea ténica ó climatológica; ya no eran suficientes los factores individuales, las tendencias hereditarias de familia, de raza, etc., y tampoco suministraban gran luz los movimientos sociales, la riqueza, la cultura, la religión, etc. Encontrábase aquélla ante un *quid* misterioso, inexplicable, acaso terrible, en cuanto faltaba toda noción, por insensata que fuera, que pudiera iluminar sobre la nueva doctrina política, mientras ésta aparecía terrible en su conducta bajo la enseña del destrozo y de la destrucción.

¿Qué era esto? ¿Se estaba realmente en frente de un hecho nuevo é inexplicable?

No, absolutamente, no. Fué únicamente el método de estudio lo que indujo á error y las consideraciones deducidas del mismo lo que le mantuvieron, y lo que, por así decirlo, constituyen la verdadera causa del mal del presente.

Seducido el sociólogo por la construcción de su nueva teoría, no se fijó en un principio en el fenómeno de la anarquía. La cosa fué dejada á cuidado de la autoridad política; y ésta, siempre en el colmo de la ignorancia, no dudó en considerarla como una asociación delincuente. De ahí las funestas consecuencias por las que el sociólogo no tiene ahora serenidad en las observaciones, pues los fenómenos comienzan á herirle directamente en la libertad de juicio, constreñido por la vigilancia errónea de la autoridad.

Por las premisas sentadas anteriormente, se podrá ahora tal vez expresar en compendiosa síntesis cuál es la naturaleza de la anarquía y el significado de los atentados.

Ante todo, la anarquía no es un hecho nuevo, es tan antigua como la sociedad de los hombres, y además no es, si bien se observa, más que la evidencia directa y actual de aquel principio de rebelión por nosotros expuesto como uno de los elementos que constituyen el esquema típico de la vida social.

Aquello que en los tiempos prehistóricos fué la guerra entre dos tribus diversas, una de las cuales sometía el trabajo á la otra; lo que en el término de la época romana produjo la insurrección de los siervos ó gladiadores; lo que en el ocaso de la religión pagana

fué la palabra del Evangelio; aquello que en la decadencia del Imperio fué la invasión de los bárbaros; lo que constituyó la Reforma religiosa al comienzo de la Edad Media; lo que al declinar la potestad regia hizo la Revolución política en Francia; finalmente, lo que en el ocaso del actual régimen económico ha sido el socialismo; ahora, perdurando el florecimiento del gobierno burgués y preanunciándose el odioso constreñimiento del régimen obrero socialista, es la *anarquía*.

El hombre se rebeló primeramente contra el disfrute no sólo de su propio cuerpo—el vencedor se nutría de la carne del vencido—sino de su propia raza; después contra la servidumbre de la persona, ya física, ya moral (la esclavitud); más tarde contra la infelicidad reservada á los humildes con la promesa evangélica de su felicidad eterna y la exaltación del Cristo; en seguida se rebeló contra la utopía de un nombre (el imperio romano); luego, contra el dogma religioso bajo el estandarte de la herejía; un poco después contra la absorción regia en nombre de la libertad política; en fin, contra la servidumbre económica, en nombre del derecho á la existencia; ahora se rebela el hombre contra el propio principio de la autoridad, encargado en la socialidad, contra la autoridad en sí, por la total explicación del propio yo á causa de una nueva y más exacta consideración de la propia individualidad.

Este es para mí el verdadero corazón del sistema anárquico; éste es su significado y su fin, no comprendido aún por nadie y desnaturalizado por todos, tanto por aquellos que se confiesan anarquistas, como por los políticos, los sociólogos y los psicólogos.

La anarquía es hoy una imprescindible necesidad histórica, como lo fueron en su tiempo y su ambiente la Revolución francesa, la Reforma, la predicación de Cristo, la guerra de Spartaco, etc. En todo tiempo y en todo lugar es condición propia de la existencia social que se encuentren frente á frente los dos principios, la autoridad y la rebelión, y que no cese la lucha. Eso constituye la llama eterna y renovadora de la vida. Y en la decadencia de un orden imperante dado, uno y otro opuesto se hacen patentes, y lejos de substituirse con un esfuerzo, es entonces cuando más intensamente las fuerzas sociales se constriñen en los gloriosos flancos del hombre, produciendo las creaciones geniales; del mismo modo que una tierra extraordinariamente esponjosa y húmeda sufre una transformación y cambio químico activísimos, y crea grandiosa y quimérica vegetación. Pero al nuevo principio, que ha triunfado, de pronto se le opone otro, el cual mientras el primero florece y se apoya sobre el consentimiento de los más, permanece en un campo ilegal, y, por así decirlo, dañoso, hasta que, poco á poco, se legaliza y llega á ser estimado, cuando conquistando un mayor número de adictos tiene la probabilidad del éxito. Por esa razón, la anarquía permanece como un conjunto de cosas odiosas y se la persigue, porque reciente, incierta, con pocos adheridos, ofrece aún pocas esperanzas de éxito.

¡Pero quién sabe si con el tiempo cumplirá también su ciclo!

Ahora, por fin, la explicación de los asesinatos del presidente Carnot y del ministro Cánovas, que tanto han conmovido á la sociedad europea, es seguramente posible en pocas palabras, mientras difícilísima y falsa había de serlo con cualquier otra teoría, incluso la del profesor Lombroso.

Por que no haya en tales casos ninguna agitación en el cuerpo social apta para suministrar una preparación suficiente, para promover una manifestación tan tremenda, ningún motivo político, ningún motivo religioso y ningún motivo económico, ¿hemos de permanecer así? La locura ó la delincuencia innata. ¿Estaremos, tal vez, en presencia de estas causas?

La negación surge imperiosa y precisa. Santos Caserio y Miguel Angiolillo no son locos, ni delincuentes natos. ¿Entonces qué?

Entonces, replicamos, no pueden ser sino anarquistas. Renunciando á la locura y á la delincuencia innata, la única causa que explica el homicidio político, no puede ser otra que la anarquía. Y, en efecto, Caserio, Angiolillo y Lega, que atentó contra Crispi, son anarquistas, y esto se comprende perfectamente.

El regicida, el homicida político, cuando no es un loco, es la encarnación individual en que se congloba el principio de rebelión bajo la forma que priva en aquel momento. Y su crimen no es sino la evidencia exagerada, pero necesaria y fatal, de este principio.

El regicidio ocurre fatal é imprescindiblemente en la historia de la vida social cuando el principio de rebelión se halla compreso de cualquier modo por la autoridad dominante, y justamente por eso intenta salir de improviso á la luz. Es ésta una ley inviolable que está de acuerdo con la permanencia de los dos principios opuestos de autoridad y rebelión, y que se deriva de aquella otra más general que rige todos los cuerpos, por la cual, la reacción violenta surge de la acción coercitiva, y la rebelión de la imposición de la autoridad.

Tanto Lega, Caserio, Angiolillo, como Bruto, Jacobo Clement, Ravailac y Booth no son sino ingenuos é inconscientes instrumentos de una necesidad perenne que pesa sobre la organización autoritaria del cuerpo social. Son símbolos materiales y vivos de un esquema ideológico por el que deben absolutamente pasar las relaciones políticas de los hombres, de la misma manera que el agua de un río atraviesa sobre un dique de piedra. No son locos, no se les puede llamar delincuentes, á lo sumo se les puede clasificar como exaltados, ó, mejor aún, como predispuestos, por un estado especial de conciencia, para recibir más fácilmente determinadas impresiones del ambiente social; por eso constituyen el *reflejo* más pronto y más de prisa, por el cual, la descarga de la energía social rebelada se resuelve en el hecho.

No mirando al matar jamás al hombre, no estando guiados por un verdadero motivo bajo y egoísta, no viendo el que hiere sino la idea truncadora, verifica el hecho en nombre de otra idea, por la que se rebela.

En el rey, el presidente de la república ó en el presidente del consejo de ministros se resume el orden constituido ó una parte del mismo, se encarna aquel principio de autoridad que en tal momento está, en vigor y únicamente á ese símbolo dirige su golpe el homicida. Tan es así, que, si en vez de ser un hombre, pudiera ser tal símbolo un autó-mata, aquél conspiraría contra él y contra él obraría de idéntico modo; serían iconoclastas (*no es nuevo el hecho*), y la gravedad y punibilidad de su hecho sería igual.

Su psicología es sencillísima; pueden ser buenos é impulsivos, crédulos y astutos, imitadores y ambiciosos, sí; pero es raro que no tengan la percepción de que aquello que hacen es la visión del sacrificio de su existencia. No se objete que su tentativa es inútil. Es un error.

Un cuerpo social no pasa impunemente por una serie de regicidios. El efecto no es inmediato, pero es profundo. Y en esto consiste justamente toda la *antisociabilidad* del hecho, porque es contra una total ley de equilibrio y de conservación social contra la que ataca un individuo que por su acción puede truncar la vida de un jefe de Estado, en torno del que, por representación, se agrupan cuarenta millones de individuos.

En la revuelta más agitada y tempestuosa de los modernos acontecimientos procedamos con serenidad de espíritu; no hemos encontrado anomalías ni excepciones, sino la lógica más estricta y la obediencia más ciega á las leyes históricas, y así debe la nece-

dad eterna é inmutable de las cosas realizarse con precisión matemática. Sin embargo, aunque hoy la mirada tenebrosa y anhelante de los pueblos se vuelva, más que á la política, á la ciencia, y deje mirando con una olímpica y nobilísima calma de conciencia desdeñosa que se desarrolle la majestuosa corriente de la vida, sólo con esta condición desterrará todo pánico del ánimo y la humanidad podrá continuar alegremente en la propia identidad.

Actualmente, la idea de rebelión, que tiene por patria á la humanidad entera, del mismo modo que todas las ideas grandes, y la idea de autoridad se han encontrado una vez más frente á frente, sintetizada en dos formas humanas, y la lucha no es su única consecuencia.

La gran ley de la vida social, que no sufre excepciones, ha sido oída otra vez.
¡Y ninguna otra!

(Trad. de Rafael Urbano.)

Mario Morasso.

CRÓNICA CIENTÍFICA

La expedición al Thibet: sorprendente incuria de sus organizadores.—La Roma del boudhismo.—Descubrimiento accidental de un notable antídoto.

Los periódicos ingleses que tienen corresponsales en la expedición del Thibet han publicado recientemente descripciones interesantes de los progresos realizados desde su salida de Darjeeling, el otoño último, y de las numerosas dificultades que ha tenido que vencer en las grandes alturas donde se ha visto obligada á permanecer.

Algunas de estas dificultades eran inevitables é inherentes á la naturaleza misma de la expedición y al aspecto físico del país que tenía que recorrer. Otras, en cambio, hubieran podido evitarse fácilmente con un poco de previsión por parte de los organizadores. La cocina, por ejemplo, se hizo imposible al llegar á la altura de 3.000 metros, á consecuencia del descenso del punto de ebullición: y como las tropas tuvieron que acampar y vivir demasiado tiempo en altitudes superiores á la cifra indicada y aun llegaron á veces á los 4.500 metros, se comprende que los contingentes indios, mandados por el general Macdonald, cuyo alimento consiste principalmente en arroz y ciertas variedades de habas, que reclaman una cocción completa para ser convenientemente asimiladas, tropezasen con serios inconvenientes.

Es sorprendente que entre tantos como tomaron parte en la organización de la expedición no hubiese uno que recordase lo que le habían enseñado en la escuela respecto á la ebullición y á la presión atmosférica. Nuestros lectores saben que el punto de ebullición del agua, que es á los 100° C. al nivel del mar, desciende á medida que se eleva sobre ese nivel y que la presión atmosférica disminuye. Este descenso se produce á razón de unos 3,7° C. por 1.000 metros de altura, de modo que á los 4.500 metros el agua hierve á los 83° C.

Si hubiesen pensado en ello, el remedio hubiera sido muy sencillo. Bastaba proveer á la expedición de marmitas cerradas herméticamente y provistas de válvulas de seguridad que dejasen escapar el vapor solamente cuando la temperatura se hubiese elevado á los 100° ó un poco más. En suma, una aplicación de las más elementales del principio de la marmita de Papin.

También debió preverse que el frío en semejantes altitudes sería terrible. Un corres-

ponsal nos informa que para preservar del hielo al depósito de agua que sirve para el funcionamiento del aparato hidráulico de los cañones Maxim, hubo necesidad de añadir un 50 por 100 de ron, y que el aceite empleado para engrasar los mecanismos de los cañones y fusiles se helaba de tal modo, que para tenerlos en disposición de poder servirse de ellos, tenían que limpiarlos cuidadosamente de toda materia grasa y llevar los mecanismos debajo de los vestidos, próximos a la piel. Esta dificultad era de tan fácil solución como la relativa a la cocción de los alimentos. Hubiera bastado substituir el aceite por glicerina pura en el engrase de las armas.

*
*
*

El Thibet es uno de los países más desconocidos del globo. Hay pocos datos precisos sobre la geografía física y sobre la condición de sus habitantes, usos y costumbres. Las relaciones de algunos viajeros resultan muy interesantes, y por muy vituperable que sea desde el punto de vista político la misión y, sobre todo, la expedición anglo-india que actualmente se dirige hacia Lhasa, cuando menos dará por resultado el completar nuestros conocimientos geográficos sobre aquella parte del mundo.

Entretanto, por ser de actualidad, voy á extractar lo más importante de un artículo bien documentado que M. G. Tsybikoff ha publicado recientemente en el *Boletín de la Sociedad de Geografía* de San Petersburgo, sobre su viaje al interior del Thibet y sobre su estancia en Lhasa, residencia del Dalai-Lama, la Roma del boudhismo primitivo, de que éste es el papa.

El autor del artículo es ruso, bouriata de nacimiento y lamaita-boudhista de religión ha estudiado en la Facultad oriental de una Universidad rusa, y después de haberse preparado cuidadosamente para ese viaje, fué al Thibet, como hacen muchos de sus compatriotas bouriatas, en peregrinación.

Durante el viaje, á través de la Mongolia, se detuvo en dos de los monasterios más renombrados, y el 1.º de Agosto de 1900 entró en el recinto sagrado del Thibet central sin ninguna dificultad, por la vertiente Norte del paso de Bunza, en la orilla San-Chu. De allí la caravana se dirigió hacia el Sud-Oeste, á través de los amplios valles del Thibet central, elevados y áridos, donde, sin embargo, se cultivan los cereales por medio de grandes irrigaciones, y el 16 de Agosto entraron en la ciudad santa, tres meses después de haber partido del monasterio de Gumbraua, y habiendo recorrido 560 kilómetros á través del Thibet, propiamente dicho.

M. Tsybikoff permaneció un año en Lhasa, hasta el 23 de Septiembre de 1901, y desde esta ciudad fué hasta Tsetan ó Chetan, visitando además los tres grandes monasterios de Lhasa-Braibun (8.500 monjes), Sera (5.000) y Galdán (2.000 á 2.500), como también los de Dashi-Hundo, á 250 kilómetros de Lhasa, sobre la orilla derecha del Brahmapontra, y Sam-Yai, en la orilla izquierda del mismo río, á unos cien kilómetros al Sud-Este de Lhasa, uno de los más antiguos del Thibet, pues fué fundado en el siglo IX. Visitó también las ciudades de Shiha-Tse, Chan-Tse y Tsetan.

El viajero relata cosas interesantes de Lhasa, sus santuarios, los mencionados monasterios, la población, su composición y medios de existencia, el gobierno, la administración y el clima del país; se hicieron observaciones meteorológicas tres veces al día y sin interrupción durante doscientos treinta y cinco días.

Las evaluaciones de población hechas hasta el presente han sido muy exageradas, y M. Tsybikoff piensa que el número de habitantes no pasa de dos millones y medio. Lhasa no tiene más de 10.000 habitantes, cuyas dos terceras partes son mujeres; su población se había estimado en más á causa de los 15.000 á 16.000 monjes que viven en los

monasterios de que hemos hablado, y del gran número de peregrinaciones que se reúnen de todas las regiones del Tíbet y de ciertos distritos de la Mongolia.

Durante su estancia en Lhasa, M. Tsybikoff reunió una colección de grandísimo valor, compuesta de 317 volúmenes que actualmente posee la Academia de Ciencias de San Petersburgo. Son libros tibetanos sobre filosofía, medicina, astronomía, historia y geografía, y también libros de oraciones y hechicerías mágicas, escritos por los lamas más renombrados de los nueve últimos siglos. Con ayuda de estos preciosos documentos será posible que algún sabio moscovita nos dé dentro de poco un libro de los más interesantes sobre la misteriosa teocracia de la meseta central del Asia.

* * *

Encuentro en un diario inglés una interesante comunicación de un veterinario de Dublín, que pretende haber descubierto, por accidente, un antídoto radical y soberano para los envenenamientos por el ácido fénico, que son tan frecuentes.

M. Allen, que es el veterinario en cuestión, fué hace poco llama lo para prestar sus cuidados á dos caballos que presentaban todos los síntomas de envenenamiento por el ácido fénico. Como importaba obrar con prontitud, Mr. Allen pidió que le trajesen en seguida un aceite cualquiera, con preferencia aceite de lino. Le trajeron lo que pedía y administró una cantidad como de dos vasos á uno de los animales. Según los términos empleados por el veterinario, «el efecto fué milagroso». Entonces reparó que el «aceite» que acababa de administrar era, ni más menos, que esencia de trementina ordinaria del comercio. Pero le satisfizo tanto el resultado, que en seguida hizo tomar una dosis al segundo caballo, que se hallaba ya en un estado comatoso. Al cabo de diez minutos se hallaba en pie, y al día siguiente los dos animales fueron al trabajo como si nada hubiese sucedido.

Algún tiempo después de esta particular coincidencia, M. Allen fué invitado, en ausencia del médico, á visitar á un forjador que se hallaba enfermo después de haber bebido un vaso de stout. Le encontró tendido junto á su yun que, y notó en seguida un fuerte olor de ácido fénico. No tardó en descubrir que el hombre se había equivocado de botella, y que había bebido una solución de este desinfectante creyendo beber stout.

M. Allen envió inmediatamente á buscar un médico, pero entretanto hizo beber al enfermo una dosis de esencia de trementina, y una hora más tarde, cuando llegó el doctor, el forjador se encontraba bien y había vuelto á su trabajo.

Un experto toxicólogo interrogado á este propósito por uno de nuestros colegas de Londres, ha declarado que los síntomas descritos por M. Allen, son indudablemente los del envenenamiento por el ácido fénico, y que los resultados obtenidos por su tratamiento son tan notables que vale realmente la pena de emprender nuevas experiencias en este sentido. El número de los envenenados por el ácido fénico, debidos en su mayor parte á un error deplorable, es terriblemente grande, y que si la esencia de trementina es verdaderamente un antídoto eficaz, cuanto más se sepa mejor será para la humanidad. Esto se conseguiría imprimiendo sobre las etiquetas de los paquetes ó botellas que contengan ácido fénico, la invención de su sencillo antídoto.

Carrida del Mármol.



ESCENAS DE FAMILIA

ACTO SEGUNDO

Medio día en otoño. El viejo Bazemznoj sentado junto a la mesa. Pedro, de pie, mirando a todas partes, menos a su padre, distraído y cansado. Ana paseándose lentamente, sin hacer tampoco mucho caso y deseosa de que acabe aquel sermón paternal.

ESCENA I

Basilio, Pedro, Ana.

BASILIO

Hace una hora que os hablo, hijos míos, y no encuentro palabras que lleguen a vuestros corazones, que os conmuevan. Uno, me vuelve la espalda; otro, se pasea como un gajo sobre una tapia.

ANA

Me sentaré. *(Se sienta con humor desapacible.)*

PEDRO

(Volviéndose para encararse con su padre.)
Hable claro. ¿Qué nos quiere decir?

BASILIO

Deciros... Al revés. Quiero que me digáis qué idea formareis de vosotros mismos, qué pensáis hacer en el mundo.

PEDRO

Se lo diré primero, acabar mi carrera...

BASILIO

Tu carrera... ¿Estudias? No. Sólo aprendiste a despreciar todo lo creado, y nunca te reportas. Te expulsaron de la Universidad... injustamente, según tú. Estás equivocado. Un estudiante debe obedecer y no dirigir. Si todos los muchachos de veinte años quisieran ordenar la vida, no quedara ni un rincón para el hombre serio. Primero se aprende, se observa, se estudia; luego, se razona. Y hasta que vivas como debes, todo el mundo tendrá derecho a decirte: «¡chitón!» cuando te desmandes. Comprenderás que al reprenderte, lo hago porque te quiero. Eres hijo mío, corre por tus venas mi propia sangre... A Gregorio, no le digo nada; le crié, como a

ti, le tuve como de la familia, pero no hay lazo que nos una, cuando a mi buena voluntad no responde su agradecimiento. Será un perdido..., un cómico., un socialista... Encontrará lo que merece.

ESCENA II

Los mismos, Agustina.

Agustina, asomándose a la puerta del fondo, con voz tímida y acariciadora.

AGUSTINA

Basilio, ¿no es hora de comer?

BASILIO

(Duramente.) ¡Vete! ¡No te metas en lo que yo hago!

(Agustina desaparece detrás de la puerta. Ana, mira a su padre como si quisiera reconvenirle, y vuelve a pasear.)

ESCENA III

Los mismos menos Agustina.

BASILIO

Ya lo veis. Vuestra madre no descansa teniendo siempre por vosotros. Yo no quiero mal a nadie, no abuso de nadie, y vosotros abusáis de mí. Ando en mi propia casa de puntillas para no molestar, hablo con prudencia, para no herir. Mis viejos amigos ya no vienen. ¿Sabéis por qué? Me dicen: «Tus hijos, gente ilustrada, oyéndonos hablar sencillamente, se burlan de nosotros.» Es verdad: más de una vez os burlasteis y se me caía cara de vergüenza. Todos me abandonan como si estuvieseis apestados. Y vosotros no tenéis atenciones conmigo; nunca me dirigís una palabra cariñosa, ni me comunicáis vuestros pensamientos; nunca me dais cuenta de lo que os preocupa ni de lo que pensáis hacer. Soy, entre vosotros, en mi casa, un extraño. ¡Y os quiero! Sufro cuando sufrís y temo por vosotros. Quisiera que tú *(a Pedro)* fueses ya un hombre y no un estudiante; que Ana encontrase un buen marido, como lo encuentran otras que valen menos... El hijo de Nazarov, un muchacho como tú, ha ter-

minado ya su carrera, y se casa con una joven rica...

PEDRO

Yo también me casaré.

BASILIO

Lo creo. Mañana mismo, á ser posible. Pero, ¿con quién? Con una loca desvergonzada, una viuda verde...

PEDRO

No tiene usted motivos para decir...

BASILIO

¡Holal! ¿Te pica? St; una mujer alegre y corretona...

ANA

¡Padre! ¡Se lo ruegol... (á Pedro). Y tú vete ó cállate. (á Basilio) Cuando usted habla comprendo que tiene razón, pero no se disguste usted.; nosotros pensamos de otra manera.

BASILIO

(Gritando.) Yo digo lo que pienso. Y vosotros, ¿qué pensáis?

PEDRO

Lo diremos también. Usted razona de un modo que... nos oprime; como nos oprimían los trajes que llevábamos cuando éramos pequeños; usted nos trata como si fuéramos niños aún, y cuando ya tenemos nuestra vida, quiere amoldarnos á la suya... Esto nos daña, nos deforma, nos inutiliza.

BASILIO

Eso, tenéis otra vida, sois instruidos... yo soy un imbécil...

ANA

No es eso, no...

BASILIO

Vosotros ¡á vivir! Tú enamoricando á la vecina; tú siempre malcarada y desapacible, rodeados por gentes insubstanciales como vosotros; haciendo ruido á todas horas, no dejándome descansar de día ni de noche, y vuestra madre y vuestro padre ahí, en un rincón...

ESCENA IV

Los mismos y Agustina.

(Agustina entrando precipitadamente; con voz suplicante.)

AGUSTINA

Yo no me quejo; yo viviría en un rincón muy á gusto, mientras vosotros tuvierais tranquilidad, mientras no os atormentáseis como ahora. ¡Os quiero tanto á todos!

BASILIO

(Cogiéndola por un brazo y empujándola.)

¡Vete, vieja condenada! No necesitan que los defiendas. Ya saben defenderse: nada quieren de ti ni de mí. Son ilustrados y nosotros no valemos nada para ellos.

ANA

(Gimiendo.) ¡Qué suplicio!

PEDRO

¡Eso es insoportable! De pronto, sin motivo alguno...

BASILIO

¡Mientes! ¡De pronto!... Hace años que se formaba esa tempestad en mi corazón.

AGUSTINA

¡Pedro! Cede. No discutas. ¡Ana! No disgustes á tu padre.

BASILIO

Es imbecil... estúpido... espantoso... Los padres cuidan á sus hijos, los quieren... pero los hijos piensan de otro modo, y se turban la paz y el amor de la familia... ¡Sois fieras!

ANA

Vete, Pedro. ¡Padre, tranquilícese usted!

BASILIO

Nos acorralan sin piedad. Y ¿de qué presumen? ¿Qué han hecho? Nosotros hemos vivido, hemos trabajado...

ESCENA V

Los mismos y Gregorio.

(Gregorio aparece en la puerta del fondo, en traje de faena, con la cara ennegrecida, las manos sucias y la gorra puesta. Habla tranquilamente.)

GREGORIO

Necesito para pagarle al cochero.

(Tiende la mano. Su aparición sorprende á todos. Hay un instante de silencio y quietud, en que cada cual conserva la expresión de su figura y de su semblante, como si los hubieran petrificado en el acaloramamiento de la disputa. Gregorio comprende lo que pasó.) ¿Otra vez riñen?

BASILIO
(*Severamente.*) Y tú ¿por qué has entrado?

GREGORIO
¿Por qué?

BASILIO
Sin quitarte la gorra siquiera...

AGUSTINA
Tan sucio... ¿podías ir antes a tu cuarto...

GREGORIO
Denme lo del cochero.

PEDRO
(*Dándole una moneda de plata.*) Y vuelve aquí pronto.

GREGORIO
Esto se complica.

(*Se va Gregorio por el fondo.*)

ESCENA VI

Los mismos, menos Gregorio.

BASILIO
Ah! le tenéis. Ningún respeto para nadie...

AGUSTINA
(*Imitando a su marido.*) Entra sin pedir permiso... Tan sucio... Ana, pregúntale a Catalina si podemos comer.

(*Ana se va por el fondo.*)

ESCENA VII

Los mismos, menos Ana.

BASILIO
(*Sonriendo tristemente.*) Y a Pedro, ¿no le das otro recado para que se aparte de mí? Vieja tonta, ya sabes que no soy malo. Me duele ver lo que hacen; los quiero, y me pudre la sangre su abandono. ¿Por qué los apartas de mí?

AGUSTINA
Ya sé que no eres malo. Pero nuestros hijos me dan muchísima lástima. ¿Qué haremos? ¡Virgen santa! ¿Para qué vivimos? Mientras pudiéramos evitarles algún sufrimiento...

PEDRO
Usted imagina unas cosas, padre...

BASILIO
Sí; hace algún tiempo todo me asusta, lo temo todo. Sé algo, hijo mío; piensa que tus padres envejecen... Ya viste a Gregorio, ya conoces a Nicolás... Te rodea una gente...

Apártate de todos, desconfía, piensa que no te quieren.

PEDRO
Viva usted muy tranquilo: nada tema por mí. Volveré a la Universidad.

AGUSTINA
Sí; acaba tu carrera, no seas revoltoso, huye de los motines. ¿Qué te importan? Estudiar, ser un hombre...

PEDRO
Sí; estudiar sin preocuparme de otra cosa.

BASILIO
Cuando hablas razonablemente, confío en ti. Pero hay ocasiones...

PEDRO
Olvidemos y hagamos lo posible para que no se repitan estas escenas.

AGUSTINA
¡Os quiero tanto a todos!

BASILIO
Convence a tu hermana para que deje la escuela. ¿De qué le sirve? De aburrimiento, de fatiga constante...

PEDRO
Sí; necesita descanso.

AGUSTINA
¡La pobre, bien lo necesita!

ESCENA VIII

Gregorio, Basilio, Agustina.

(*Gregorio con una blusa limpia, pero sin haberse lavado la cara.*)

GREGORIO
¿Vamos a comer?

(*Pedro al ver entrar a Gregorio se va por el fondo.*)

BASILIO
No sería malo que antes de sentarnos a la mesa te dieras una jabonadura.

GREGORIO
Tengo un hambre de lobo. La lluvia, viento, el frío, una locomotora vieja, mala.. ¡qué noche!, ya no tenía fuerzas. Con un tiempo así y una máquina inservible, casi debiera conducir un tren el jefe de tracción.

BASILIO
¡Habla! Suelta, suelta por esa boca. Maldice de los jefes y de todo el mundo.

AGUSTINA
(a Gregorio). Más valiera que te asearas.
 GREGORIO
 ¡Qué risal
 BASILIO
 No seas descarado y atiende á lo que se te dice.
 GREGORIO
 Atenderé.
 BASILIO
 Vas tomando muchos vuelos...
 GREGORIO
(con sorna). ¿No serán aprensiones de usted?
 BASILIO
 Te prohíbo que uses conmigo ese tono...
 GREGORIO
 Es mi voz.
 AGUSTINA
 ¡Sin vergüenza! *(Agustina se va por el fondo.)*

ESCENA IX

Basilio, Gregorio.

BASILIO
 Yo te ataré corto. Escucha.
 GREGORIO
 Dejémoslo... para después de comer.
 BASILIO
 No; escucha.

GREGORIO

Será mejor cuando hayamos comido. Estoy fatigado, hambriento... No podría escucharle con atención. Y después de todo, ¿qué tiene usted que decirme? Insultos... Para mí es desagradable... Sería mejor confesar de una vez que le parezco insufrible, odioso...

BASILIO

¡Vete al diabló! *(Basilio entra en la habitación.)*

ESCENA X

Gregorio, Ana.

GREGORIO

(entre dientes). Mejor estaría con el diablo que contigo...

(Se pasta canturreando. Entra por la puerta del fondo Ana.)

GREGORIO

¿Hubo gresca otra vez?

ANA

No puedes imaginarte...

GREGORIO

Me lo figuro. Habéis representado una escena dramática de la interminable comedia titulada «La familia».

ANA

Dichoso tú que puedes rehuir...

GREGORIO

Cada vez más. Ya estoy resuelto. Pediré que me trasladen á los talleres, al depósito, á cualquier parte, lejos... Me abruma conducir por las noches un tren de mercancías. Menos mal, si fuese de viajeros. El rápido vuela, corre á todo vapor... Mientras que ahora, solo en la máquina con el fogonero... ¡qué fastidio! Me gusta ver gente.

ANA

Y todos nos váis dejando.

GREGORIO

Sí... perdona. ¿Cómo no dejaros, cómo no huir de vuestra casa? Me agrada vivir: el bullicio, el trabajo, las personas alegres y sencillas. Vosotros no vivís; rondáis la vida gimiendo, sin acercaros á ella, con lamentaciones injustas... ¿Por qué razón? ¿Qué deseáis? No lo comprendo.

ANA

¿Tú no lo comprendes?

GREGORIO

No. Cuando una persona está molesta en la cama, se vuelve del otro lado, y en la vida se queja. ¿Por qué no cambiar de postura? Un esfuerzo.

ANA

Tú sabes lo que ha dicho un filósofo: solamente á los necios parece fácil vivir...

GREGORIO

No sé lo que dicen los filósofos, pero sé que la vida en esta casa es abrumadora, insostenible. Ya os gusta quejaros de todo y de todos. Quejarse, ¿de qué sirve?, ¿quién os ayudará? Nadie. ¿Y á quién os quejaréis cuando nadie os oiga?

ANA

¿Qué significa esa rudeza, Gregorio?

GREGORIO

¿Rudeza?

ANA

Muy cruel. Me parece oír á Nicolás, que odia, no se por qué, á todo el mundo.

GREGORIO

A todos, no (*Sonriendo*). Nicolás me parece un hacha.

ANA

¿Qué hacha?

GREGORIO

Un hacha de acero con mango de madera.

ANA

No estoy para bromas. Me gusta mucho hablar contigo, siento, al oírte, que tus energías me dan vigor; pero... no eres delicado conmigo.

GREGORIO

¿Por qué lo dices?

(*Mirándose las puntas de las botas, mientras Ana le mira con ansiedad.*)

ANA

Porque lo sé.

GREGORIO

Yo... te quiero... ¿Cómo no quererte, si nos hemos criado juntos? Pero... la verdad, no me gusta que seas maestra. La clase te fatiga, te consume. Los niños de ahora, son los hombres del porvenir. Hay que saber comprenderlos. En todo trabajo, para que resulte fructuoso, hay que sentir entusiasmos. A mí me atrae la fragua. La masa roja, informe, rebelde, me incita, y la golpeo con ardor. Chisporrotea para cegarme, vive y ruga; yo la venzo con mi energía, y la voy amoldando á la forma que me conviene...

ANA

Para eso hay que tener fuerza...

GREGORIO

Voluntad.

ANA

Pero tú no compadeces jamás...

GREGORIO

¿A quién?

ESCENA XI

Los mismos y Elena.

(*Elena entra por la puerta del fondo, acercándose á ellos.*)

ELENA

¿No habéis comido aún? Me alegro. Subid á mi casa. Hice un pastel delicioso. ¿Y el casi-abogado? Que suba también el casi-abogado. ¡Un pastel excelente!

GREGORIO

(*Andando.*) Yo sólo me comeré cuanto haya. Tengo hambre. Retrasan la comida con mala intención, para verme hambriento... Están enfadados conmigo por alguna cosa...

ELENA

Por sus descaros, ciertamente. Ven conmigo, Ana.

ANA

Se lo diré á mamá.

(*Vase Ana.*)

ESCENA XII

Gregorio y Elena.

GREGORIO

¿Cómo sabe usted que me descaré con el viejo?

ELENA

Poco á poco; no sé nada, me lo figuro. ¿Qué ocurrió?

GREGORIO

(*Eludiendo.*) Nada nuevo. Hablemos del pastel.

ELENA

¡Yo sabré lo que hubo!—En cuanto al pastel: me lo enseñó á preparar un presidiario, un homicida. Mi esposo, director del presidio, le permitía que me ayudase á guisar. Era tan infeliz, tan débil...

GREGORIO

¿Su marido?

ELENA

¡Caballero! Mi marido era un gallardo mozo aunque su estatura no pasaba de 160 centímetros.

GREGORIO

Poco es.

ELENA

¡Claro! Con unos bigotes así (*señalando con los índices, verticalmente, la distancia á que alcanzaban las puntas de los bigotes á uno y otro lado de la boca.*) Así: de 15 centímetros.

GREGORIO

Nunca pude suponer que se midieran á centímetros los méritos de un hombre.

ELENA

Los del mío sí; porque á excepción de sus abundantes bigotazos... no tenía mérito alguno.

GREGORIO

¡Es lástima! Siga usted hablándome del pastel.

ELENA

El presidiario era cocinero y había matado á su mujer. Me servía mucho, á pesar de todo. Había matado, porque...

GREGORIO

¡Lo imagino! Como era cocinero... la costumbre...

ELENA

¡Vaya! No se puede hablar con usted...

ESCENA XIII

Los mismos, Ana y Pedro.

(*Ana entra por el fondo. Pedro sale de su cuarto, segunda puerta de la izquierda.*)

ELENA

¡Casi abogado! Tengo un pastel magnífico. ¿Me ayudará usted á comerlo?

PEDRO

De mil amores. Vamos.

GREGORIO

Y ¿te atreves á subir sin permiso?

PEDRO

(*Mirando con cierta inquietud la puerta primera de la izquierda por donde salió su padre.*) En seguida, en seguida.

ANA

Id subiendo y ya os alcanzaré.

(*Gregorio, Elena y Pedro, salen por la puerta del fondo. Se oye la voz de Agustina en su cuarto.*)

ESCENA XIV

Ana y Agustina.

(*La voz de Agustina.*) ¡Ana!

ANA

(*Impaciente.*) ¿Qué?

(*Agustina se asoma á la puerta primera de la izquierda.*)

AGUSTINA

Acércate. Pedro ha subido á casa de la... de la... (*Como si buscase un calificativo duro, y al mismo tiempo no se resolviese á pronunciarlo.*)

ANA

Sí: yo subiré también ahora.

AGUSTINA

¡Qué desgracia para nosotros! La muy bribona le transtornará... lo adivino. Háblale á tu hermano; dile que reflexione; tú puedes aconsejarle... ¡Qué mujeres! Y, ¡ni siquiera tiene bastante dinerol Una rentita y la viudedad... La viudedad la pierde cuando se case. ¿Y qué les queda? ¡Oh! ¡Qué mujeres hay!

ANA

No se preocupe usted. Elena es amable con Pedro, sin proponerse nada, sin duda.

AGUSTINA

Sí: le provoca; le solivianta; ¡la pendonal Parece que dice: «no me interesa mucho este hombre...» Y con sus gestos y con sus monerías procura dominarle y atraerle... Juega con él, como un gato con un ratón.

ANA

¡Bueno! Pues, digáselo usted mismo, si le parece. A mí no me importa; nada me importa; estoy rendida.

AGUSTINA

No te dije que le hablaras ahora mismo, como un pistoletazo; no. Acuéstate descansa...

ANA

(*Exaltándose.*) No puedo, no sé cómo descansar. Estoy rendida para siempre. Me cansa vivir. ¡Todo me cansa!

Máximo Gorki.

La muerte del cómico.

Padre noble y valiente, el viejo Schiptsoff, más conocido por su fuerza hercúlea que por sus talentos de actor dramático, se encendió de rabia, durante la representación, contra el director de la Compañía, y en el más culminante de aquellos retumbantes diálogos sintió de pronto que se le rompía algo en las entrañas.

Una vez en su cuarto, Schiptsoff se entretuvo bastante tiempo en pasearlo en todos sentidos; después, sobre la cama, apoyó su cabeza entre las manos y se entregó á graves reflexiones. Inmóvil, sin proferir una frase, permaneció así hasta la mañana del día siguiente, en que fué á verle un tal Sigaieff, el primer actor de la compañía.

—¿Por qué no has ido al ensayo?

Schiptsoff no respondió palabra y se limitó únicamente á echar al visitante una mirada vaga con sus ojos apagados.

El primer actor escudriñó los rincones del cuarto, y no viendo traza alguna de botellas, cantimploras y otros recipientes sospechosos, dijo:

—Entonces, viejo mío, estás verdaderamente enfermo.—Añadiendo con triste acento: —¡Ya no eres el mismo!

—Quiero irme á mi casa—murmuró, por fin, el anciano.

—¿Pero no estás en tu casa?

—No... quiero ir allá... á Viarma.

—¡Bah, bah, bah! El diablo de tu Viarma... Sin duda, para ver á papá y á mamá; pero, á tu edad, viejecito mío, no podrás encontrar más que sus tumbas. Hace ya muchísimo tiempo que han muerto... Toma algo caliente, un estimulante... Una buena dosis de aceite de ricino, ¿he?... ¿Tienes dinero?... No; yo iré por ello.

El primer actor se registró los bolsillos, sacó una moneda de plata y corrió á la farmacia. Al cabo de un cuarto de hora volvió.

—Toma, bebe eso—dijo acercando el frasco á la boca del viejo—. Bebe en el mismo bote... ¡de un trago! ¡Qué tal! Ahora masca un pedazo de girofle para que el alma no sienta ese mal sabor.

Sigaieff permaneció unos momentos cerca del enfermo, después le abrazó cariñosamente y se marchó.

Por la tarde apareció el primer galán, Brahma Glinski, que fué á enterarse.

—He oído decir que estabas malo—le dijo, y girando con gracia sobre sus talones, le interrogó después: —¿Qué dices? ¿Qué es lo que tienes?

Schiptsoff callaba y permanecía inmóvil.

Brahma Glinski (Goustoff sencillamente en el estado civil) se acercó á la ventana metió las manos en los bolsillos y se puso á mirar hacia fuera.

—¡Yo quisiera irmel—oyó decir de pronto el primer galán.

—¿Dónde? ¿Dónde quieres?

—A Viarma... á mi país.

—De aquí á Viarma, querido mío, hay mil quinientos kilómetros—suspiró Brahma Glinski tamborileando con las yemas de los dedos sobre las vidrieras. —¿Y qué ibas á hacer en Viarma?

—Iría á morir...

—¡Qué estupidez! Morir... Es la primera vez que caes malo en tu vida y ya te figuras que la muerte viene á buscarte... No; no, querido mío, no se ha inventado todavía una

enfermedad capaz de enterrar á un torazo como tú... Has de vivir cien años aún... Bueno, y ¿qué enfermedad tienes?

—Nada, ninguna... siento...

—No sientes absolutamente nada, te digo. Todo eso no es más que exceso de salud... La vida estalla en ti... A mi entender, debías sangrarte y nada más; eso no tiene importancia. Así no se resentiría el cuerpo. Y nada como un buen trago para refrescar... A propósito, ¿te acuerdas cómo te emborrachaste un día en Rostof-sobre-el Don? No lo recuerdo sin asustarme... ¡Por Dios! Tú solo te bebiste una barrica de vino.

Bajo el aflujo de aquellos amables recuerdos, la figura del barba se animó un poco y sus ojos brillaron.

—¿Oye, te acuerdas—murmuró levantando la cabeza—cómo arremetí con el director Savoikine? ¡Oh! en mi vida he apaleado á treinta y tres directores y á un gran número de personas de menos importancia. ¡Y qué directores, si los hubieras conocido! Los había que no permitían ni al aire que tocase á sus sagradas personas... He apaleado á dos escritores célebres. ¡Un artista!... ¡Pero esto se acaba!... Lo siento... ¡Si al menos pudiese ir á Viarna!

El silencio se restableció de nuevo.

Al cabo de unos minutos, Schiptsoff se arrojó bruscamente del lecho y cogió su sombrero. Tenía un aire feroz.

—¡Adios! Me voy á Viarna!—exclamó tambaleándose.

—¿Y el dinero para el camino?

—Iré... iré á pie.

—Tú estás loco, palabra de honor.

Sus miradas se cruzaron y se entendieron. Sin duda, pensaron al mismo tiempo en los horizontes ilimitados, en los bosques inmensos y en los pantanos del país natal.

—Decididamente estás loco—dijo el primer galán—, pero loco de atar. Ahora, querido mío, hazme el favor de acostarte y toma enseguida un te con coñac para que sudés con abundancia. El aceite de ricino, naturalmente, también... ¿Dónde demonios encontraré yo el coñac?

Brahma Glinski reflexionó un instante y resolvió explorar las buenas disposiciones de la señora Citronnikoff, tendera de comestibles. Al cabo de media hora, el galán joven volvió cargado con una botella de coñac y un frasco de aceite de ricino. El barba permanecía tranquilo sobre el lecho, mirando el suelo. Bebió el aceite que su camarada le ofreció de una manera automática, casi sin conciencia. Del mismo modo tomó el te con coñac, vaciando maquinalmente el contenido de la botella, y, sin resistencia alguna, se dejó meter en la cama por su compañero. El galán joven le echó la colcha y sobre ella puso el gabán del actor, y, aconsejándole que sudara, abandonó la estancia.

Se hizo de noche. El anciano cómico no podía dormir á pesar de la cantidad de coñac absorbido.

A eso de las nueve, el director de la compañía fué á hacerle una visita.

—¿Queréis ofrecernos el espectáculo de haceros el malo, angelito?—gesticuló arrugando la nariz.—¡No tenéis vergüenza! ¿Que estáis malo? ¿Con esa talla? ¿Con esa constitución? ¡Bah! ¡Qué horror!... Y yo, querido amigo, he estado un poco inquieto por causa vuestra. Me he dicho: ¿será posible que haya sido nuestra conversación la causa de eso? Quiero creer, amigo mío, que no hay tal cosa. Recuérdelo usted bien... Usted me ha insultado y hasta ha llegado á amenazarme con el puño. Entre camaradas, eso no tiene importancia, y yo os estimo á pesar de todo. Sí, yo os estimo y aprecio mucho. Vamos, ex-

plicadme eso, angelito. ¿Por qué he de querer tanto? ¿No sois ni pariente, ni mujer, ni nada mío, y, sin embargo, cuando sé que estáis enfermo, siento como si me hubiesen dado una puñalada en el corazón...

El director siguió todavía desenvolviendo su declaración. A continuación comenzó á abrazarle, y llevó tan allá sus demostraciones sentimentales, que la risa histérica se apoderó de él, haciéndole caer desfallecido; pero acordándose que no estaba en el teatro ni en su casa, guardó una manifestación suprema para otra vez y se fué.

Al poco rato se presentó el gran trágico Adabacheff, personaje derecho, ligeramente bizco y que hablaba con la nariz. Contempló largo rato al enfermo, se puso á pensar y de pronto profirió el resultado de sus reflexiones:

—Oye, Mifel—dijo, pronunciando así el nombre Miguel y dando á su cabeza una expresión misteriosa.—¿Sabes? Debías tomar aceite de ricino.

Schiptsoff no respondió. Ni aun dijo una palabra cuando una hora después el gran trágico le vertía en la boca el repugnante líquido aceitoso.

Al día siguiente, el gran cómico Sigaieff halló al barba en un estado espantoso. Respiraba con cansancio y miraba con ojos extraviados el techo. Sus manos, convulsivas, se agitaban sobre la arrugada colcha.

—¡A Viarmal! ¡A Viarmal!—murmuró á la vista de su camarada.

—Francamente, no comprendo esa obstinación—murmuró el primer actor perdiendo su actitud.—¡Vaya al diablo tu Viarmal! ¡Un gigante grande como un campanario llorar por eso! ¿Es que un artista tiene derecho á llorar?

—No tengo mujer ni hijos—murmuró el barba.—¿Por qué me he hecho cómico? Yo he debido vivir en Viarma... Mi vida acaba... ¡Ah, si yo pudiese ir!...

—¡Oh, viejecito mío; te pido por favor que no seas tan bestial!...

Repuesto un poco y más equilibrados sus sentimientos, el primer actor se puso á consolar al viejo, dándole cuenta de que el director había ordenado satisfacer los sueldos, que los compañeros habían decidido enviarlo á Crimea, etc., etc. Pero el enfermo no le escuchaba ya y sus labios murmuraban continuamente el nombre del pueblo natal.

El primer actor hizo un gesto de desesperanza, y, como recurso supremo, se puso á hablar también de la famosa Viarma.

—¡Una población bonita—exclamó—, un pueblo magnífico, célebre por sus panes de especies! Panes de especies, clásicos; pero, sea dicho entre nosotros, vulgares. Pero lo que es verdaderamente notable allí es el burgués; en cuanto os trate, os dirá que sois un co-barde...

El primer actor hablaba, y hablaba y el barba le escuchaba silencioso, con muchísima atención, haciendo signos de aprobacion con la cabeza.

Por la tarde murió.

Antón Tchekhoff.

EL ARTE DRAMÁTICO EN ESPAÑA

Los últimos estrenos del teatro Español.

Por varias razones que á nadie interesan, nada he dicho en LA REVISTA BLANCA de los últimos estrenos habidos en el teatro Español, y que son: *El dragón de fuego*, de Jacinto Benavente; *Marta Victoria*, de Linares Astray, y *La Montalvez*, drama sacado de la novela del mismo nombre, por el Sr. Quintanilla. Lejos como está la fecha del estreno

de las dos primeras obras, me parece innecesario, y además aburrido, hablar de ellas analíticamente, sistemá de crítica que yo cultivo y que, por otra parte, no cuadra á la naturaleza de comedias como *El dragón de fuego* y *Marta Victoria*.

Es *El dragón de fuego* una visión plástica de lo que puede ser una colonia de nación civilizada en país oriental, semibárbaro. Benavente ha puesto á su obra mucho color en el vestuario y en el decorado, muy poca energía en el diálogo y mucha debilidad en los caracteres que deberían ser precisamente los más fuertes. Trátase de un rey indio que ve intervenido su país y su mando por la nación inglesa. El rey, dotado de un sentimentalismo cursi é impropio de su medio, se opone, contra el parecer de su favorita, á que el pueblo haga armas á los invasores. En apoyo de su debilidad invoca el rey sentimientos femeninos y falsos. La naturaleza del rey es, además, muy indeterminada. No siente el amor de la mujer y sí el amor de hermano; pero no tan fuerte que le haga arremeter contra sus vasallos que han arrancado los ojos al joven príncipe para que no pudiera reinar.

El dragón de fuego, género dramático distinto al que hasta ahora había cultivado su autor, tiene el defecto fisiológico que padecen todas las comedias de Benavente. Faltan en ellas fuerza. Todo es débil. Las palabras, las acciones, los hechos, los sentimientos, las pasiones, la vida. Floreos y agudezas de lenguaje; picardías de ingenio ducho en el chisme, y nada más. Espíritus elevados y serenos, alegrías psíquicas, propósitos fuertes, afanes grandes, no los hay en las obras de Benavente. Dijérase al oírle que el alma humana ha empequeñecido de tal modo, que no puede ni quiere ser heroica, no ya colectivamente, ni siquiera individualmente.

¿Es una escuela? No, que no hay escuelas en arte; es un temperamento, lo único que existe en arte; un temperamento decadente, recargado, aburrido de la vida y aburrido de sí mismo.

Por eso amargan y destruyen siempre los chistes y las obras del autor de *Alma triunfante*. Destruyen, porque nunca elevan nuestro espíritu ni lo confortan con sonrientes y gratas necesidades de vida y placer. El arte de Benavente mortifica y muerde. Lo muerde todo: moral, sociedad, vida, amor... con mordiscos de ratón. Sin embargo, Benavente podría ser un buen artista si fuese un buen hombre. Buen hombre, sentiría la serenidad y la alegría, que es la que produce el arte genial, un arte que no estremece corazones secos, ni ilumina cerebros pequeñitos, ni inunda de amor cuerpos averiados.

* * *

Manuel Linares Astray es un autor relativamente nuevo. Hace años escribió y estrenó obras que no tuvieron éxito ni dieron nombre de autor dramático al que las había concebido. El año pasado estrenó *Aires de fuera* en el Español en concepto de autor novel y desde entonces ha producido bastante, ó, mejor dicho, ha colocado algunas de las comedias que tenía escritas.

El género del Sr. Linares Astray es del que podríamos llamar francés, porque domina actualmente en Francia. El camino está trillado. Benavente lo exploró remedando y aun plagiando á los autores que escriben en el idioma de Molière. Mas Benavente imita mejor, se asimila mejor que Linares Astray el arte dramático de los novísimos autores franceses.

Hablo bajo la impresión que me causó *Marta Victoria*; no he visto *El abolengo*; me han dicho que es la mejor comedia de nuestro autor. Puede que lo sea; pero yo sólo discuto las obras que me es dable ver.

Linares Astray es algo más español que Benavente; por eso es más rudo y menos estético.

Linares Astray escribe, no para decir cosas, ni para exponer ideas, ni para presentar estados de alma, ni para avivar ilusiones, ni para enaltecer sentimientos; Linares Astray escribe para hacer chistes. Todo, absolutamente todo, desde el ambiente hasta el diálogo, lo supedita al chiste. De ahí resulta un lenguaje cortado y falso. Los personajes hablan concurrendo al fin que se propone el autor, y como el fin es el chiste, para producirlo y prepararlo ha de pensarse en lo que le conviene decir para que surja la gracia, no en lo que diría el autor si se encontrase en el trance de los que hablan en escena. La gracia surge, naturalmente, desnaturalizada, y la abundancia de chistes desnaturalizados embota los sentidos y concluye por hacernos insensibles á las gracias verdaderas. Este, aparte el inconveniente de que nada nos dice que valga la pena y que nos interese, es el mayor defecto de *Maria Victoria*. Además, Linares Astray, tan atrevido en las palabras y en los chistes verdes, es un cobarde en los hechos naturales. Sus personajes se mueven constantemente en una especie de lujuria mental que no es más que una manifestación de impotencia, y cuando se trata de hacer caer una mujer en brazos de un amante que la quiere desde niña y ha seguido queriéndola y que además ella ha sido ofendida gravemente por su marido, corta las corrientes naturales de la vida con un caso de conciencia que resulta una burla á la conciencia misma.



No he leído *La Montálvez*, novela, y me alegro; me alegro, porque sospecho que de haberla leído sería más hereje de lo que soy, y no es ello cosa que me convenga.

¡Cuidado que es cruel y vengativo el Dios del Sr. Quintanilla ó del Sr. Peredal

Figúrate, lector, que una dama noble ha tenido juventud algo borrascosa; que esta dama cuando casó con el marido había tenido una hija con el amante, ó bien que la primera hija que tuvo con el marido era del amante. Pues bien; esa hija, al ser mayor, se enamora del hijo de unos viejos beatos, y esos viejos beatos quieren que la niña expie los pecados que cometió la madre, y aun pretenden que los lleva en su sangre. Inútiles los ruegos del hijo apocado; inútiles las súplicas del pobre muchacho, que enferma de pena. Antes que consentir que se case con la hija del pecado, su madre consentirá que se muera. ¡La ley de Dios lo exige—contesta la creyente—, y sufrirá la muerte del hijo y causará la desgracia de la niña inocente, que nada tiene que ver con los deslices de su madre, antes que profanar la ley de Dios!

La ley de los hombres queda profanada en sus labios; la ley de la misericordia y del perdón están en labios de la beata, pidiendo Cristos que la rediman. ¡Si eso es ser bondadoso y recto, el mundo nos dé diablos como la pecadora Montálvez, mil veces más buena y grande, con sus pecados, que los que se los echan en cara.

La Montálvez es una obra cruel y tétrica. Al bajar el telón la gente salió escapada del teatro en busca de generosidad y de amor. Por poco nos morimos horrorizados todos los espectadores. La niña muere de disgusto al saber que era hija del adulterio, después de pedir explicaciones á su madre por su conducta con una crueldad digna de vieja abadesa. Las hijas, y menos si son jovencitas y han tenido una madre tan cariñosa como la Montálvez, no piden explicaciones á sus madres; las adoran siempre, las adoran hasta siendo prostitutas. ¡Esos beatos no saben lo que es amar!

Tampoco conocen la psicología de la mujer, porque no la han vivido. La mujer es para ellos el demonio, la culpable del pecado original, de causa todos los pecados. Por

eso, cuando quieren presentar á una mujer hambrienta de placer y de carne hombrunas, ponen encima de las tablas á un ser sin arte ni habilidad, que echa todo el cuerpo afuera y cae en el ridículo más grosero. No; la mujer pide amor con arte y habilidad, y nunca adelanta en este camino hasta ponerse en evidencia, porque antes de que se ponga en evidencia ha comprendido, en las manifestaciones del hombre, si puede ó no continuar adelantando.

Es más, si una mujer fuese tan torpe que pidiera los placeres de la carne á un hombre que habría de negárselos en seco, sin disimulo ni caridad, estan to solos en un cuarto y cerca del techo, sería capaz de matarlo.

Y haría bien, porque tampoco el hombre ha de permitir que una mujer voluptuosa sufra vergüenza tan grande. Medios para detenerla á tiempo no le faltan al que sabe comprender la grandeza y la fuerza de todo eso.

* * *

La representación de las obras discutidas hoy, irreprochable. No cabe más en nada. Decoraciones lujosísimas, vestidos deslumbradores, dicción y ademanes perfectísimos. María Guerrero y Nieves Suárez hicieron un final de cuarto acto tan hermoso y natural, que todos los espectadores dijeron por lo bajo: ¡qué maravilla!

La Cancio, muy bien en el papel de seca beata, y Palanca, como siempre, correctísimo.

Y con lo dicho me despido del teatro Español hasta la próxima temporada, que desearía fuera mejor que la presente; mejor para el arte, naturalmente, y para mi querido amigo Federico Urales, á quien de veras deseo tener ocasión de dar *un palo* cuando se estrene su *Amémosos*.

Ángel Cunillera.

ESCASEZ EN LA ABUNDANCIA

Según testimonio de propios y extraños, Andalucía es el emporio de todas las riquezas y de todas las hermosuras que ha podido producir la Naturaleza. Su fauna y su flora contienen las variedades esparcidas por todos los climas de la tierra, pero con tanta vitalidad, con tan exuberante potencia que bien pudiera decirse sin incurrir en exageración poética, que allí reside el centro de la vida para irradiarse luego, limitada por circunstancias climatológicas, por toda la superficie del globo.

Natural sería que los habitantes de tan excelente país disfrutasen equitativamente de los ricos dones que en cantidad prodigiosa en él abundan; su dulce temperatura, su luz diáfana, el aroma de sus flores, la abundancia de sus ricas frutas, la claridad de sus aguas, la deliciosa perspectiva de sus paisajes, la gloria de su pasado, el cúmulo científico de sus pensadores, la fecunda inspiración de sus artistas y el progreso de su industria, todo debería constituir un patrimonio que los hijos de la Bética disfrutaran á lo menos á la manera que Fenelón lo describe en su popular obra *Las Aventuras de Telemaco*.

Pero lo que debe ser no es nunca en la ínicua sociedad presente.

Ahí están la propiedad y la autoridad para impedirlo: un corto número de propietarios es dueño de aquel suelo; unos cuantos caciques mandan despóticamente en sus habitantes.

El amo del suelo no permite la entrada en sus dominios más que al jornalero que por

tres reales y un gazpacho deja allí la esencia de su vida convertida en esos hermosos vinos que se escancian en la mesa de todos los potentados, en riquísimo aceite, en naranjas, en abundante trigo, en incomparables frutas y en cuanto pertenece á la Agricultura.

El amo del hombre no permite que su esclavo, su siervo, ó, para usar el nombre moderno, que, como todos saben, no altera el significado de la cosa, el jornalero, piense, lea ni se concierte con sus compañeros. Puede, sí, tener su hembra, porque esto perpetúa la casta del trabajador y da bellas y graciosas muchachas que satisfagan la lascivia del señor, pero nada más.

La desigualdad, siempre odiosa, por injusta, lo es allí más que en parte alguna, porque la abundancia natural da para todos, y si en los países míseros el egoísmo puede tener excusa, ya que no justificación, no se comprende la existencia de potentados y hambrientos en un país en que, según frase gráfica, «hasta las piedras dan pan».

Hay allí propiedades cuya extensión encierra pueblos enteros, y que, á pesar de ser tan grandes, se ocultan para el pago de los tributos. Sus poseedores, que ni son andaluces, ni las conocen siquiera, pasan su vida en la corte ó en las grandes ciudades del extranjero entregados á la molicie y la sensualidad.

Formando doloroso contraste, hay numerosos trabajadores para quienes la existencia diaria es un repetido problema de dudosa y difícil solución, y para contratar un jornal que les permita llevar pan á su familia han de asistir á la plaza de su pueblo á esperar que un capataz grosero y brutal quiera ocuparlos.

Tan antinatural y absurdo estado de cosas, sólo puede subsistir merced á férreas instituciones que esclavizan á unos para que otros vuelen á sus anchas; á la vista está; no hay para qué detallar el hecho, basta consignarle. No quiero que nadie diga que la pasión de sectario me lleva á confundir la censura contra la injusticia y los ataques contra lo que particularmente me es odioso; deseo, por el contrario, que todo el mundo se rinda á la evidencia, porque antes que anarquista hay que ser justo para que luego resulte lógico que por ser justo se es anarquista.

La autoridad y la ley exigen la sumisión y la obediencia, la religión y el dogma imponen la paciencia y el sufrimiento, y por medio de leyes, tribunales, prisiones y sayones á sueldo, como también con dogmas, símbolos, ritos y otros emblemas, se perpetra el despojo que sufren los infelices desheredados de la hermosa Andalucía, iguales en esto á sus compañeros de todo el mundo.

Si semejante estado pasase sin protesta, aunque injusto siempre, sería merecido; pero el sentimiento de justicia tiene hondas raíces en el corazón de las víctimas, y por esto la protesta fué en todos los tiempos el germen de las revoluciones, y ni una vez falta en el movimiento inicial de todas y cada una de las conquistas del progreso.

La protesta vive latente y amenazadora en Andalucía, y protesta vigorosa y afirmación revolucionaria fué el levantamiento de Jerez.

No tuvo buen éxito y por eso fué castigado.

El patíbulo y las prisiones de Jerez representan la pena impuesta al vencido.

Recuérdese todo lo dicho y escrito con motivo de aquel suceso por los servidores del privilegio, y en todo veréis su justificación. Los que van más lejos lo censuran por la imprevisión de los que se levantaron, por la temeridad que supone el hecho de querer con escasas fuerzas derribar lo que se halla fuertemente arraigado; pero esto, lejos de negar la justicia de la causa, enaltece el valor de los que por ella se lanzaron al sacrificio.

Ahora bien; si la Naturaleza ofrece espontáneamente sus bienes, si un régimen social absurdo divide á los hombres en detentadores y despojados, si á la perenne soberbia del privilegiado responde un día la indignación del oprimido, todos cuantos tenemos quejas contra la sociedad y sustentamos ideales emancipadores, debemos gratitud á los que sintieron de modo tan vehemente, porque aquellos heroicos arranques fueron en nuestro beneficio, por nuestras convicciones y nuestras esperanzas.

Jerez, como Fourmies, como Chicago, como Benevento, como Alcoy, como París y como tantas y tantas poblaciones donde el trabajador ha luchado y sucumbido por alcanzar la dignidad de hombre libre, es una nueva etapa gloriosa, y los mártires de Jerez, mal que pese á los burgueses de nuestros días, tienen derecho á la gratitud de las libres generaciones del porvenir.

Aquellos oscuros labradores que si amaron con frenesí la justicia, no se preocuparon jamás de la gloria, obtuvieron los honores de la inmortalidad, lo que difícilmente logran muchos que se agitan febrilmente por conseguirlo.

Vuestro suplicio se despoja de lo que de infamante quisieron rodearlo vuestros acusadores y se convierte en brillante apoteosis. La historia inscribe vuestros nombres en el catálogo de los redentores.

Los trabajadores que esperan su redención, como los que en tiempos futuros vivirán ya redimidos, bendicen y bendecirán vuestra memoria.

Anselmo Lorenzo.

La obra de los genios.

Las ideas del genio.—Napoleón y Pasteur.—El precursor V. Raspail.—Odios y polémicas entre los sabios.

¿En qué consiste el genio humano?

¿Posee el hombre de genio, desde su nacimiento, en su cerebro de niño, los gérmenes de las futuras ideas, de los que saldrán las obras, los descubrimientos y las acciones excepcionales que constituirán la manifestación de su superioridad sobre los demás hombres?

Si así fuera, el hombre de genio nacería completamente formado, en vista de una obra determinada de antemano que tendría que realizar, por consecuencia, ineludiblemente, de un modo obligatorio y providencial.

Resultaría así para tal individuo extraordinario una especie de predestinación que limitaría, hasta cierto punto, su libertad, su facultad de elegir y el curso de sus ideas fuera del plan sobre el cual debía ejercitar su actividad cerebral.

No parece probable que bajo el imperio de tal esclavitud hayan efectuado los grandes hombres las cosas maravillosas por las cuales son ilustres. Y si debe admitirse que el hombre de genio existe ya en el niño, que será luego un ser superior, es probable que no se encuentre sino en potencia, es decir, en estado de posibilidad genial, de *genio posible*.

El genio, parece que funda principalmente su fuerza en ciertas facultades mentales poseídas en el más alto grado. Conviene observar, en efecto, que un entendimiento verdaderamente superior tiene y lleva siempre en sus observaciones y en sus reflexiones una atención extremadamente aguda, al propio tiempo que una profunda aplicación. Está lleno con frecuencia de una inquietud por saber y de una necesidad de concebir. Los

análisis puros no tienen para él gran atractivo y tiende, en cambio, á las grandes síntesis hacia las que se dirige por medio de una *técnica completamente personal*.

En conclusión, el genio no debe ser sino el fruto de adquisiciones firmemente fijadas en lo inconsciente, el resultado de una constante complejidad en la que todos los elementos se encuentran en un estado de interdependencia estrechísima y armónica.

Parece también incontestable que cuando una constancia de este género se fija en un por qué y escruta un problema, penetrándolo íntimamente, examinándolo en todos los sentidos, experimenta, con una satisfacción de indagador, un verdadero placer en tener conciencia de sí.

Cuando se estudia el origen y la génesis de las ideas geniales de los grandes hombres que la humanidad ha conocido hasta ahora, se comprueba que no fueron espontáneas, sino al contrario, que siempre fueron sugeridas. Todos los descubrimientos se derivan los unos de los otros. Y si en algunos casos no se descubren las ideas generatrices, es sencillamente porque escapan en razón de la dificultad de establecer sus relaciones ó de reconstruir su encadenamiento.

El genio militar de Napoleón puede ser completamente explicado en algunas líneas. Su técnica era extremadamente sencilla. Consistía en reunir el mayor número de hombres en un sitio dado, en el menor tiempo posible. La transmisión de las órdenes por escalones contribuía únicamente á tal resultado, permitiendo lanzar grandes masas sobre las disposiciones lineales. Estas se encontraban rotas antes de que sus extremos pudiesen acudir en socorro del punto atacado. Semejante táctica *se remonta á la época de Federico el Grande*. Napoleón la perfeccionó tanto más fácilmente cuanto que la Revolución había instituido la formación de brigadas y divisiones. El emperador constituyó cuerpos de ejército, á uno de los cuales se denominó la *Grande armée*, y los hizo ir siempre de la manera más compacta posible.

Todo eso era, en principio, tan poco complicado que ninguna fórmula ni ninguna regla militar se sacó de ello después por la Restauración, y la ignorancia ó la incompreensión de las disposiciones napoleónicas quedó en completo olvido en Francia hasta 1870, en que reaparecieron en los campos de batalla, procurando de continuo la victoria á los alemanes.

Se ha preguntado con frecuencia de qué modo había llegado Pasteur al descubrimiento de los microbios. Propiamente hablando, puede decirse que el honor de haber comprobado su existencia pertenece con más exactitud á V. Raspail. Pues éste, cuando Pasteur contaba apenas diez años, formuló por primera vez una teoría microbiana ó *parasitaria*, atribuyendo «las nueve décimas partes de las enfermedades á causas animadas á parásitos infinitamente pequeños, visibles solamente al microscopio, y no siempre en todos los casos.»

Esta teoría, de la que Pasteur sacó por consecuencia tan gran partido en beneficio de la humanidad, no proporcionó á Raspail más que el disgusto de ponerse en ridículo ante el mundo médico de su época. Ante mis ojos tengo un documento que ha tenido la amabilidad de facilitarme sobre el asunto el Dr. Francisco Raspail, nieto del ilustre sabio. Es un folleto publicado por la Academia de Medicina en 1846 cerca de diez años después de haber descubierto Raspail la existencia de los microbios y el papel capital que juegan en el origen de gran número de enfermedades.

El profesor Langlebert, en su deseo de destruir la nueva teoría, que algunos pocos sabios comenzaban á acoger, constituyéndose en portavoz de la Facultad, se dirigió á Raspail en estos términos:

«...¡A pequeños efectos, grandes causas! ¡He ahí la medicina puesta patas arriba por los animáculos de Mr. Raspail! Verdaderamente, no es cosa de reirse. ¿No es ultrajar á la ciencia atreverse en nuestro tiempo á asignar una causa semejante para todas las enfermedades?»

»Las enfermedades no reconocerán más que una causa idéntica y el hombre vivo no cesará de ser una llaga de animáculos parásitos y voraces. ¡Es cosa de temblar si se puede creerlo!»

Y el doctor desafiaba al sabio con pérfida ironía diciéndole:

«Mostradnos, pues, Sr. Raspail, los animáculos, los infinitamente pequeños que producen, según vos, la fiebre cerebral, la tisis, la fiebre tifoidea, el reumatismo y tantas otras enfermedades terribles. Ya tenéis para rato... A menos que no imiteis á ese famoso dentista que, al aire libre, y con una admirable destreza, hace salir el gusano de la muela cariada con gran asombro del público.

»Así aseguramos, que un sistema semejante no puede existir sino en la imaginación de su inventor... Eso no tiene valor alguno para los hombres serios.»

Se comprueba con una especie de tristeza, cuán difícil es á veces á las nuevas ideas abrirse camino, por la inatención que se las tiene y por lo que chocan con la rutina ó las creencias oficiales.

El profesor Langlebert termina su crítica con una bufonería: «Añadiré, para ser justo, que para emitir vuestra teoría no debéis servir del microscopio, pues tal instrumento os ha permitido tener una vista muy corta.»

Y más abajo, que no puede continuar porque «siente disgustarse, pues tal teoría es de las que están fuera del sentido común y se hallan fuera de toda discusión seria.»

Después, los trabajos de Pasteur vinieron á dar plena razón á Raspail y á vengarle justamente de los ataques de la Facultad de Medicina y de los del profesor Langlebert en particular.

* * *

Si Raspail se halló en lucha con las zumbas y las malquerencias de los representantes de la ciencia oficial, si fué durante mucho tiempo escarnecido y ridiculizado, Pasteur tuvo, á su vez, que sostener polémicas con muchos sabios extranjeros, y particularmente con el químico alemán Liebig. Este no admitía, en efecto, la idea de la fermentación por microbios. Se fundaba en lo que Collin había establecido en 1828, en que si se sembraba un mosto azucarado con materias en estado de putrefacción, se producía una fermentación alcohólica. Ignorando que las materias putrefactas contienen los microorganismos que pueden jugar el papel de levadura.

Liebig negó el papel vital del fermento y pretendía que no existía ninguna diferencia entre las diversas fermentaciones que pueden producirse.

Pasteur entró en lucha franca con él, porque el punto de partida de sus trabajos descansaba sobre la demostración de la existencia real de diferentes especies de fermentos. En su primera Memoria de 1858 estableció que la fermentación láctea era obra absolutamente particular de una levadura especial que denominó «fermento láctico». En 1859 emprendió el estudio de la fermentación alcohólica, pero lo dejó para continuarlo más adelante, y en 1876 llegó á obtener la fermentación alcohólica de un medio azucarado que no contenía otras materias minerales que cenizas de levaduras calcinadas, destinadas á servir para la nutrición de células jóvenes. Pasteur habíalas sembrado con un poco de jugo azucarado procedente de una fermentación alcohólica. Luego, estableciéndose ésta en el líquido que no contenía sino cenizas de levaduras, la importancia de la interve-

ción microbiana era evidente porque no existía putrefacción posible, el moho no contenía materias nitrogenadas y la levadura se multiplicaba de una manera constante sin destruirse ni corromperse.

Pasteur obtuvo á continuación las fermentaciones butíricas caracterizadas por los desprendimientos de ácido carbónico é hidrógeno. Observó el ácido butírico y el microscopio delató la presencia de elementos ondulantes.

La prueba de la existencia de una nueva levadura estaba hecha. Cosa curiosa, el sabio observó que era imposible cultivarla en un moho aéreo, mientras que se reproducía muy bien en un medio privado de aire.

Una nueva deducción se imponía, pues, según que el fermento se multiplicase exclusivamente en presencia ó ausencia del aire.

En fin, Pasteur demostró aún que la fermentación del vinagre se efectuaba bajo la influencia de un nuevo microbio, al que dió el nombre de *mycoderma aceti*.

Todas estas experiencias eran de un gran alcance científico. Destruían las teorías de Liebig, probando que cada fermentación tiene un microbio específico.

Liebig no se dió por vencido, replicó á Pasteur que todo el acto vital de la fermentación estaba en la asimilación del azúcar por el protoplasma de las células. Pretendía que la formación del alcohol procedía de una descomposición química que tenía lugar después de la muerte de las levaduras. Y se obstinó en esta afirmación sin querer demostrarla.

El tiempo y la ciencia moderna han visto caer las teorías de Liebig, el irreductible terco, y á la obra de Pasteur hacer justicia á los ataques que el profesor Langlebert prodigó al precursor Raspail.

Armando Malloué.

Crónicas de arte y de sociología.

PARIS

El salón nacional de Bellas Artes. *Forces et moralités*, de Octavio Mirbeau. Fasquelle, éditeur. París.— *Les Villes Tentaculaires*, por E. Verhaeren. Mercure de France. París.— Teatros: Odeon, *Le Roi Galant*.—Renaissance, *Le Mannequin d'osier*, por Anatole France.

Para el gran mundo, que vive merced á la tiranía de sus privilegios, las fiestas artísticas sólo son motivo de boato, como ocurre con el Vernissage del Salón, que debiera sólo contribuir, con las flores del arte, al ensalzamiento y al adorno de la vida humana. La frivolidad se erige en divinidad, supeditando la belleza á la elegancia, que es el único ideal sustentado por el público mundano, cuyo mayor goce es contemplarse á sí propio, como los espíritus vacuos que, para creer en su existencia, se miran en el espejo.

En el Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes, no cunde este año la riqueza artística, pero tampoco se advierte más miseria que en los anteriores salones. Se observa, por lo general, más habilidad que inspiración en los artistas. Descuellan, entre ellos, los pintores elegantes, cuya brillantez deslumbradora les granjea todos los sufragios de los adoradores de lo lindo, el cual sirve para bastardear el arte, del mismo modo que, al venderse las cortesanas mixtifican el amor.

Los imitadores, sin avergonzarse de su servilismo artístico, abundan que es un

primor y, con el mayor cinismo al par que con ineptitud, se dan á plagiar á los maestros: vemos trasuntos de Degas, de Cottet, de Manet, de Millet, de La Tarche y de los clásicos. Otros, sin hallarse desprovistos de talento, se dedican á explotar una especialidad, lo que indica esterilidad, pues el genio se caracteriza por la universalidad de sus creaciones: esos especialistas no hacen más que repetir los mismos asuntos con idénticos procedimientos.

Los artistas españoles no hacen mal papel este año; pero tampoco se encumbran grandemente en las esferas del arte. Rusiñol expone unos pintorescos paisajes de Mallorca, que tienen por *asunto principal* valles, sierras con almendros, un puerto con embarcaciones y un patio de naranjos. Rusiñol ve la naturaleza con enfermizo refinamiento, pero su pintura es artísticamente endeble y no corresponde á la índole de su visión. El pintor no logra reflejarla tal como la recibe. Su «Patio de naranjos» es ardiente de color, muy oreado y muy real. Parece pintado, sin embargo, con impasibilidad parnasiana. Los detalles se hallan trabajados con minucia, pero se funden bastamente. En los «Almendros floridos» se advierte un fondo de extraordinario valor que se opone brutalmente al primer plan, pero en la tela hay mucho frescor y mucho silencio. Los cuadros de Rusiñol producen una impresión de soledad, como si en ellos la luz, el aire y los colores de las cosas no participasen de vida.

Con exuberancia chillona y deformación intencional se ofrece Hermen Anglada en sus cuadros parisienses: «Pared de cerámica», «Restaurant nocturno», «Campos Elíseos», «Gusano de luz», que son de un realismo fantástico si así puede decirse. Ponen de manifiesto una imaginación enfermiza, con colores de una suntuosidad viciosa. Anglada nos da el espectáculo trastornador de la elegancia corrompida: diríase que, por el ambiente de sus cuadros, se desvanece un perfume venenoso. En medio de loca borrachera de luces artificiales y de colores fantásticos, pinta Anglada con la sutileza matizadora de un Baudelaire. Se le puede considerar como un visionario pictórico del vicio moderno; sabe reflejar intensamente el cansancio de la vida elegante y la exasperación de la gente neurasténica. Su pintura voluptuosa ha tenido mucho éxito entre el público de nervios enfermos y febricitados. Su arte es ardiente, trastornador y trastornado.

El internacionalismo artístico no campea sin fruto por el Salón de Whistler, el gran pintor moderno de los Estados Unidos, hoy difunto; se exponen cuatro cuadros de arte superior, en que se aúna la fineza del dibujo y la delicadeza del color. Su «Verde y Gris», que figura una dama, de cuerpo entero, con un lirio en la mano, es una tela de gran distinción de pensamiento y de un sentimiento emocional. En la factura nótase mucha sobriedad, dulzura y elegancia. Las carnes ofrecen tonos ambarinos como el Ticiano, armonizándose á maravilla con el color muriente de vieja rosa que ofrece el largo vestido con que la dama cubre su cuerpo. Esta obra, en suma, producirá la honradez artística del genio.

Arte severo nos ofrece el pintor inglés Sargent con el «Retrato de Lord Ribblesdale», de una nobleza sencilla y de una placidez serena. Vibrante de vida resulta el cuadro, y campea en él una tonalidad grave, merced á la cual los negros atenuados del paletó y del sombrero se armonizan perfectamente con los amarillos gamuza del chaleco y del pantalón, sobre el fondo gris perla y verdeante. Es esta una obra de arte y de conciencia.

De Antonio de la Gándara hemos visto varios retratos, entre los cuales, uno de Juan Löffain, el escritor vicioso que se distingue por su arte neurasténico, por su observación mundana y su amor por los afeites artísticos. Este retrato, en cuyo dibujo y en cuales

tonos impera lo bonito, parece un trasunto del Felipe IV, de cuerpo entero, de Velázquez. No se puede pedir mayor fatuidad en la actitud de Lorrain, que ofrece la parodia de la majestad arrogante; yergue el cuerpo y coloca la mano derecha sobre el pecho, como para enseñar, al igual de un *rastagnociere*, sus enormes sortijas. De la Gángara es el pintor sutil de las almas viciosas y de las figuras elegantes. Su pintura es hábil y pastosa, pero propende, con exceso, á la preciosidad.

Caro-Delvaille, que tanto éxito obtiene con su pintura elegante, expone un *Estío* y «Mi esposa y sus hermanos». El cuadro primero ofrece un desnudo baladí. En el segundo hay mucha abundancia de blancos; pero el dibujo es pobre y el cuadro, en conjunto, carece de emoción artística. Las figuras, en este apacible interior, son de una inmovilidad de piedra. Caro-Delvaille es un pintor *chic* para agradar á las damas anhelosas de vestidos supraelegantes y perifolios confeccionados en la rue de la Paix. Lo inanimado triunfa en el sobre lo vivo; lo accesorio se convierte en lo principal.

Morrice, el pintor canadiense, nos da pintura remosqueante y condimentada. En su «Charenton» (por la tarde) hay un buen efecto de luz temblorosa, que deja confusas las siluetas de los personajes. De las cosas pinta Morrice el color dominante. Es casi siempre pobre en sus primeros planes.

Disparatados, por su visión extravagante y su factura decadente, son los Cottet de este año con sus tonos metálicos. Boldini, que es el éxito popular de la exposición, pinta del mismo modo que un pastelero hace bombones. Blanche expone un retrato de Barrés que parece un poeta cansado de vivir, hecho por un pintor cansado de pintar. En el retrato de Lemonnier, por Claus, dijérase que el insigne novelista está por arder.

Para terminar la reseña de la sección de pintura, citaré unos cuadros soberanos de Dumont, que tienen flores por asunto único; crisantemos, orquídeas y rosas, que se destacan sobre fondos negruzcos, hechos de tinieblas. Esas flores son de una suntuosidad decadente y de una obscenidad provocante. Sus pétalos inanimados yérguense como movidos por un pensamiento orgulloso.

La imaginación extraviada del artista destruye las formas anatómicas, en la sección de escultura. Violéntase la musculatura humana, que está á punto unas veces de quebrarse, otras de comprimirse ó sigue movimientos fantásticos. Se exponen muchas estatuillas elegantes; pero carecen—naturalmente—de la divina luz de la belleza. Hay también muchos bibelotes para vendedores italianos de figuras de cera.

Dos obras hermosas bastan, sin embargo, para hacernos olvidar las hueras exhibiciones de fealdades acicaladas: «El Pensador», de Rodín, y «El Minero», de Mennier, ambos en bronce.

La escultura de Rodín nos ofrece al hombre monstruoso que reflexiona, acurrucado sobre las rodillas, con la barba apoyada en la mano derecha. La expresión del semblante es de una grandeza épica, de una fuerza titánica y de un infinito misterio. La escultura se halla trabajada en el sentido algo trágico y torturado de su «Beso» y de su «San Juan». Es arte impresionista, grandilocuente y muy conmovedor. En esta obra, como en las demás de Rodín, no hay que buscar la línea venerada por los griegos ni la forma armónica.

En Rodín, cuyas cualidades son geniales y cuyos defectos son también de mucha monta, la deformación llega hasta la hermosura, lo cual prueba que, para crear belleza, no hay que ser exclusivamente consciente de ella, sino estar penetrado de la misma. Rodín es coloso de la decadencia moderna, que pugna por librarse de su opresión.

Más humano es «El Minero» de Mennier. El artista se halla más preocupado de la idea

que le anima que de la impresión de su obra. Para ser justo y verdadero, rehuye Mennier lo teatral y lo exagerado. La forma de «El Minero» es sobria, serena, y, con todo, poderosa. A la concepción trágica de la vida, que es algo falsa por muchos conceptos, como se nota en Rodín, opone Mennier la concepción actual de la vida real.

Veremos lo que nos dirá, en su próxima apertura, el Salón de Artistas Franceses.

*
*
*

Mirbeau ha prestado un buen servicio á la literatura revolucionaria con la publicación reciente de sus sarcásticas piezas: *La Epidemia, Matrimonios viejos, La cartera, Los amantes, Escrúpulos é Interview*, bajo el título general de *Farsas y moralidades*.

Con terrible mordacidad y vibrante concisión saca á relucir los vicios y exhibe las fealdades de la actual sociedad, que denigra á maravilla con sus latigazos irónicos y sus perfiles caricaturescos. La política, el militarismo, el comercio, la nobleza, la burguesía y demás sagradas instituciones, quedan maltrechas ante la ridiculización paradójica que Mirbeau hace de ellas con sus aguafuertes literarios.

Chuscas y edificantes son las escenas que se desarrollan en *La epidemia*, donde vemos á una cáfila de concejales, quienes no dan importancia á la invasión del cólera, cuando se ceba en un cuartel, pero ponen el grito en el cielo y se desesperan no bien la enfermedad ataca á los burgueses. ¿Qué hacer para combatirla? Pues votar un presupuesto extraordinario. Esta idea les sonríe de tal modo, que echan pronto en olvido la enfermedad reinante, con la codicia de lucrar con reformas higiénicas que no cumplirán su objeto y se harán á costa del bolsillo del contribuyente y de la salud de los atacados; y votan millones y más millones, sin saber de dónde saldrán. La sátira no puede ser más denigrante para la timba política de las Casas Consistoriales.

En *La cartera*, de que me ocupé aquí mismo ya hace tiempo, nos presenta Mirbeau á un comisario de policía, el cual recibe la visita de un viejo pordiosero achacoso, Juan Andrajo. Viene éste á entregarle una cartera repleta de billetes que ha encontrado en el bulevar. Asómbrase el comisario de su honradez, y habla de una recompensa. Luego le pregunta cuáles son su domicilio y su oficio. Contesta Andrajo que no tiene ninguno. En vista de ello, que la ley condena, le manda el comisario á la prevención, acarreándole vehementes insultos de su amante Flora, que ha ido también á visitarle y se indigna al escuchar su orden inicua.

Escrúpulos es una pieza rebosante de originalidad, de gracejo y de audacia. Con ella hace Mirbeau la apología del robo profesional, castigado por la ley, é impugna así la explotación hipócrita que encubren el comercio, la política, la abogacía, la industria, la medicina, la bolsa; poniendo de manifiesto que en la sociedad actual el robo es la única preocupación del hombre.

Un ladrón, vestido de frac y acompañado de un camarero, penetra en un salón elegante de una casa aristocrática. Se da con cautela á la expropiación inmediata de los objetos valiosos, de los títulos bursátiles y billetes de Banco que encuentra allí y los hace colocar en la maleta de su criado. De pronto, al abrir el cajón de un secreter, muévase éste y de encima de él cae al suelo un gran vaso chino, que se rompe con estrépito. El fragor despierta al propietario, que se presenta al salón en camisa. El ladrón le recibe con la mayor urbanidad; le ruega que se vista, para departir un rato con él y explicarle el motivo de su visita. El propietario va á ponerse una bata y á mandar por el comisario de policía. Vuelve después al salón, y con galantería entabla un diálogo ingenioso con el inspirado visitante. Le dice éste que ejerce de desvalijador, demostrándole ser tal oficio el más no-

ble en la actual sociedad, pues resulta el más libre de hipocresía y el más valeroso de ejecutar. Hay que leer este diálogo interesantísimo para saborearlo en todas sus ideas y todas sus gracias. En el curso de él viene el comisario. Le despiden á cajas destempladas el propietario, que se halla seducido por el palique eminente de su singular interlocutor. Le invita luego á almorzar; pero aquél, como va de frac, rehusa, se despiden y queda en verle en otra ocasión.

En «Interview» se burla Mirbeau mordazmente de la prensa grande, que pretende ser la conciencia universal, creyéndose indispensable en la vida moderna, cuando no hace más que mixtificar los hechos, desviar la opinión é impedir el progreso, para lo cual le subvencionan los gobernantes, los políticos, los financieros, los industriales, los clérigos, los comerciantes y demás mercaderes de la esclavitud proletaria y de la ignorancia popular.

* * *

Verhaeren, como Conitman, explora nuevos caminos y abre horizontes ignorados con su poesía, cuya originalidad es intensa como rara es su belleza.

Salvaje y refinada, incoherente y artística, parece expresar la esencia metafísica del mundo visible, con nuevo acento más que con idea nueva. Verhaeren contempla largamente la naturaleza con esa mirada vaga que franquea los límites de lo visible para penetrar en el misterio de lo invisible. Las carreteras, los montes, el viento, el mar, las llanuras, la fiebre, los mendigos, la ciudad, el puerto, los edificios, etc., etc., todo parece animado y alienta espiritualmente, en medio al aspecto real, de una realidad palpitante y de su poesía trastornadora.

La ville est colossale et Luit comme une mer,
Lointainement, de vagues électriques;
Et ses mille chemins de bars et de boutiques...

Su ritmo es libre, su tono es salvaje, y esto acentúa la grandeza épica de su panteísmo poético. Con imaginación alucinada, como un vidente inconsciente, le ofrece en desorden luminoso el espectáculo apocalíptico de las cosas y de las personas.

Sus visiones espectrales y sus emociones brutales, ejercen un extraordinario poder de sugestión y de impresión en el lector culto. En Verhaeren, como en Rodin, se observa el decrecer de una sensibilidad robusta; su temperamento es brutal y fogoso. Sus emociones acusan un desequilibrio, que le hace sentir incompletamente lo épico. Sus sensaciones son exacerbadas, artificiales y groseras. Se inflaman sus sentidos y desvaría su imaginación.

* * *

En París, á pesar de ser un centro intelectual, abundan los individuos que se hallan en estado de rebaño, para quienes la imitación estéril es ley y la iniciativa fecunda envuelve transgresión. La estrechez mental no les permite ver más allá de la superficie de las cosas, despertándoles el culto del fausto en detrimento del amor á la belleza. Monótona es su existencia interior, y, para distraerse, tienen que acudir al espectáculo exterior contentándose con que les deslumbré con su brillantez, en lugar de buscar que les ilumine con la luz de las cosas hermosas.

Tenemos aún á cándidos enamorados de ceremonial regio, en tiempos en que la realeza ha hecho bancarrota en las conciencias. Ahora, en el Odeón, se ha estrenado *El Rey Galante*, que presenta, como héroe, al rey Enrique IV, de Francia.

Los autores, Marsolleau y Soulié, que se distinguieron con el edicto de Nantes, por su anticlericalismo, han querido infundir sentimientos modernos á caracteres antiguos.

¿Para qué no ocuparse de la vida actual, que responde más á nuestro espíritu? Han hecho lindos versos, escenas placenteras y no han hecho vibrar nuestro espíritu.

En el primer acto se nos presenta el jardín del palacio real. Llegan allí los acordes suaves de la danza palaciega. El rey se duele de que el príncipe de Condé, su primo, conspire contra él, que le colma de favores. La realeza, dice, no da la felicidad; mas no, por tal idea, abdica. Enrique IV es hombre de placeres: el amor galante es su pasatiempo favorito. Oyese el canto de una doncella, Carlota de Montmorency, que se halla en el salón. Viene luego al jardín y, al verla, el rey queda pasmado de su hermosura. Discretea con la chica, que no es de esas, en su decir, que cuelgan su corazón en los bigotes de un galán. Al rey, entonces, le acude una idea singular. Ofrécese á la de Montmorency y como es desgraciado por la inquina secreta que le lleva Condé, le pregunta si querría casarse con él y hacerle cambiar de sentimientos. Accede ella y el rey los casa, con la segunda intención de hacer de la de Montmorency su amante.

Unida á Condé, le trata ésta con cierto desvío, que hace padecer cruelmente á su esposo, á quien revelaron el propósito del rey. Se lo echa él en cara á Carlota y ésta hace protestas de fidelidad. Las asechanzas de su marido son causa de que, por enojo, trate á éste con frialdad. Condé la hace, sin embargo, custodiar por su madre, espíritu inquisitorial. Se entera de que el rey irá aquel día á visitar á su esposa. En un arrebato de celos, decide hacerlo asesinar y toma disposiciones al efecto. Se va, y, á poco, se presenta la reina Margarita, la cual, haciendo de Celestina, conjura á Carlota para que se entregue al rey, quien no puede vivir sin ella. Se indigna Carlota, comparece la vieja y se deshace ésta en reverencias ante la reina, la cual se aprovecha de ello para invitarla á una caza, con objeto de dejar sola á Carlota para cuando venga el rey. Vanse, viene el rey y Carlota le resiste, diciéndole: «Mi esposo me ama... Me dió palabra de no conspirar contra vos á cambio de la mía de serle fiel. El ha mantenido la suya; yo mantengo la mía.»

Desencanto regio. De pronto abrese la puerta y aparece Condé, quien increpa al rey, haciendo al mismo tiempo la señal á los asesinos; pero Carlota se interpone y consigue, con sus ruegos, que su esposo deje libre el paso al rey.

Condé no le perdona, sin embargo, la afrenta. Para conspirar de nuevo, huye á Flandes con su esposa. El rey, disfrazado, les sigue. Entran de noche en una posada, y el rey también. Este se halla en la terrible duda de si Carlota quiere á su marido. Para salir de ella, hace prender á Condé, con objeto de que se despida de su esposa, y así saber si ésta le ama. Se esconde él, y entre los dos cónyuges tiene lugar una escena de amor y de desesperación á lo Zorrilla. Sale el rey de su escondite, con asombro de ellos, y les revela su estratagema, diciendo, al marcharse, que no quiere tomar desquite. El rasgo noble del rey fué muy aplaudido, y terminando en este acto, hubiera acabado bien la obra.

Pero á los autores les dió por agregar un acto, y así aquélla ha resultado como un hermoso semblante en que surge un grano. Ese acto, el cuarto, nos presenta al rey abatido, en la desesperanza de su amor; pues sigue tan loco como antes por la Montmorency, que no ha querido entregársele. Viene ella, que ha llegado de Flandes, y le anuncia que su esposo ceja en sus conjuras contra él. Nada importa al rey esta noticia; sólo le interesa conquistar el corazón de Carlota, pero ésta continúa impertérrita. Precipítase en la estancia un mensajero y entera al rey de que, si quiere ir al Louvre, le aguardan unos conspiradores para asesinarle. El rey dice á Carlota que, si se le entrega, no irá al Louvre; ella sigue impasible; el rey toma entonces el sombrero y se va... á recibir la puñalada de Ravailac. Así, tan malamente, termina la obra, cuando pudo acabar tan bien.

El carácter de Silvia, noble y juguetón, con sus discreteos y sus arranques, fué muy del agrado del público parisién.

**

La Renaissance nos ha dado últimamente una obra de arte exquisito y de sutil filosofía: *Le mannequin d'osier* (El maniqué de mimbre), de Anatole France. Traslada éste á la escena á su Bergeret, profesor de literatura antiguo en provincias. Dechado de belleza moral y de verdadera simplicidad, es este hombre bondadoso y distinguido. Desprecia las convenciones, como todo espíritu opulento de ideas que no necesita mendigar el parecer de los demás. Se halla casado con una de esas mujeres de cursi sentimentalidad y de ambición burguesa, un trasunto de Mme. Bovary, que no alcanza á ver las cualidades superiores que adornan el espíritu de su marido hasta como marido. Cierzo que el amor no reconoce ninguna superioridad; pero es triste que la belleza de la mujer hermosa no pueda tributar el homenaje de su belleza al hombre de talento noble, recto, justo y sano. Un hombre estúpido, de alma inconsistente, es el preferido de Mme. Bergeret, voluble y ligera.

Bergeret, el esposo, descubre por azar el llo adúltero. Sorprende á su mujer y á su amante besuqueándose en un diván. Con sobrehumana sangre fría pasa por la habitación sin darles á entender que los ha visto. Se encierra en su biblioteca, y mientras los *culpables* se preguntan si los ha descubierto, Bergeret se abandona á una crisis de desesperación. Le pasa por las mentes la idea de matar; pero se domina, abre la ventana y echa á la calle un maniqué de mimbre.

No habrá escándalo; no demandará divorcio. Quita á su mujer la dirección del hogar doméstico, sin darle explicación alguna. Ella se siente moralmente destituida, y su amor propio por ello sufre profundamente. Implora gracia á su marido, invocando la existencia de sus hijas. Esto, llegando al alma de Bergeret, le mueve á una conciliación: le deja una hija y se lleva la otra á París, la que más le quiere y más le comprende.

Esta obra, por su delicadeza, no ha sido del agrado del público. Dulce es el arte de France, como un cacho de miel; pero de él se saca un escepticismo pesimista, que constituye un aguijón de abeja.

23 Abril 1904.

J. Pérez Jorba.

LITERATURA AMERICANA EN LA ARGENTINA

Deseo resumir lo más brevemente que me lo permita la claridad, el movimiento literario de ésta durante los últimos seis meses.

No seguiré un orden cronológico; quiero hablaros primero de *M'hijo el doctor*, comedia dramática, muy hermosa por cierto, y que debemos á la pluma revolucionaria de un joven hasta hoy desconocido, Florencio Sánchez.

La trama de la obra es muy natural, y, por tanto, bella. Hela aquí: Julio (*M'hijo el doctor*), está de vacaciones en la casa paterna, casa de campesinos honrados y laboriosos.

Julio, que adquirió en la ciudad ideas nuevas acerca de la vida, de la familia, del amor, etc., *algo así como anarquistas ó socialistas*, no anda muy bien con su padre, viejo intransigente en cuestiones de respeto filial, como lo son casi todos.

La madre de Julio ama mucho, muchísimo al hijo, como casi todas las madres; disculpa y defiende al joven y trata de ocultar ciertas cosas al padre.

En la casa hay una joven, Jesusa, de quien el padre de Julio es padrino. Julio la desea, es joven y hermosa, la posee; el amor da sus frutos, pero Julio no se *atreve* á casarse

con la madre de su hijo, á quien en realidad no ama; le gustaba y le gusta, ¿á quién no gusta una mujer jóven y bonita?

Sabe el padre de Julio lo ocurrido y quiere obligarle á casarse con Jesusa la muchacha, y ante la negativa tenaz de Julio, le amenaza con matarle si no obedece. Pues bien: no, no obedecerá ninguna imposición.

Enferma el viejo y muere (como tiene que morir todo lo viejo); pero lo que la autoridad y la exigencia despótica no pudo conseguir, lo obtienen los ruegos y el cariño de la madre, siempre amorosa, dulce y buena, y Julio promete al viejo moribundo que se casará con la madre de su hijo, con Jesusa.

Esta alma bien templada atribuye la promesa de Julio á un acto de deferencia hecho para consolar y tranquilizar al viejo moribundo, y se niega á aceptar el sacrificio de su amado, porque ella le ama, pero no quiere sacrificarle á su interés. Esto es poético, pero un tanto macarrónico, á mi entender, por lo falso... El amor, para mí, es egoísta y avaro: de lo contrario, no es amor.

Julio, admirado del alma noble que encierra aquella mujer, la ama de veras con todo corazón; ahora sí que se quiere casar; ahora sí que él la quiere!

Al bajarse el telón final hay una bella promesa para el porvenir de aquellos jóvenes dignos del amor.

Este es, en resumen, el fondo del argumento de *M'hijo el doctor*; argumento desarrollado con ternura, con mucha delicadeza, con mucho gusto y mucho tacto.

Otros personajes, tales como la negra vieja curandera, chismosa, que trae y lleva necedades acerca de la *desgracia* de Jesusa, y el de D. Eloy, el gallego a'macenos, tipo del hombre trabajador, aplastado moralmente, calculador que va en camino de la fortuna y que aun después de la *desgracia* aceptaría á Jesusa, son tipos de un localismo real magistralmente manejado y pintado por el amigo Sánchez.

Podéis imaginaros que la obra ha tenido mucha aceptación; hay quien la llama la primer obra del teatro nacional (hay aquí la manía esa del *nacional* en todo). Todos celebraron al autor aconsejándole, eso sí, que se deje de anarquismos y de socialismos, y que se dedique á pintar, á describir (!)

Otra obra de que quiero hablaros es *Modos de ver*, debida á la pluma del joven literato Martín Gil.

Se trata de una serie de felices cuentos, cuadros, paisajes, descripciones: todos muy hermosos, por cierto. Hay quien ve en Martín Gil una manía por vulgarizar la astronomía; tal vez esto se le diga porque en todos ó en casi todos sus cuentos figuran astros que hablan en unos, que escuchan en otros, y diálogos sobre estrellas. A mí no me parece mal, aunque eso sea poco, si se quiere. ¡Somos todavía tan salvajes y tan bárbaros aún, que no hay que pedir peras al olmo!

Por lo demás, las descripciones son bellísimas, y lo es asimismo la prosa del joven escritor. Tiene algunas cosas realmente magistrales, pero tiene para mí un gran defecto: *Modos de ver* no es un libro de vida, un libro fecundante. Martín Gil se olvida demasiado del pueblo, y cuando se acuerda de él es para describirlo, no para enseñarle ó curarle sus males; Martín Gil mira demasiado para las estrellas y para la luna, olvidando que aquí hay seres y cosas tan dignas de ser miradas como las estrellas, y sobre que necesitan más que las estrellas ser miradas y con mucha atención.

Esto no impide que su libro sea hermoso, bien escrito y que diga cosas agradables y que hable bien del talento del autor, pero no es libro para nosotros; libro para mí es un libro para entretener ocios y para disipar el tedio de un enfermo convaleciente de un

balazo en una pierna; es un hermoso libro que inspira dulce melancolía, y esos libros no me gustan.

Tendría que hablaros de *Resabios*, pero ésta es ya por demás larga y creo que no vale la pena.

Vuestro,
Buenos Aires.

R. Elam Ravel.

ALREDEDOR DEL MUNDO

Nuevas matanzas en Armenia.

En un artículo anterior anunciábamos que el Sultán Rojo había lanzado su jauría soldadesca contra los armenios. Todos los presagios son de que próximamente habrá matanza general. De nuevo se cometen asesinatos, saqueos y violaciones en la llanura de Mush y de Sasún.

A las cuatro de la mañana del día 5 de Febrero último, según *Pro Armenia*, la turba musulmana, armada, invadió la aldea de Hunan en compañía de las tropas regulares. Se incendiaron y saquearon 120 casas. Las muchachas y las mujeres, entre las cuales había una parturienta, fueron violadas; se enterraron vivos á muchos niños bajo la nieve, y á algunos los arrojaron en un pozo, lo mismo que á un anciano. Los hombres fueron asesinados con una ferocidad terrible.

Los armenios de Mush se hallan aterrados por haberse instalado allí con partidas de circasianos y de kurdos el Alay-bey. Mehmel Effendi ha hecho una excursión por la llanura y ha concertado proyectos de matanza con los kurdos.

Las comunicaciones se hallan interrumpidas en las aldeas y Mush desde el primer día de la Cuaresma. La turba musulmana se ha lanzado sobre los armenios y ha saqueado su mercado. Los turcos empingorotados y los kurdos han pedido telegráficamente autorización imperial para dar comienzo á la matanza general, que hasta se disponen á ejecutar sin permiso.

En una carta dirigida á *Pro Armenia* se dice que durante el invierno las autoridades gubernamentales han redoblado sus violencias y sus vejaciones contra los armenios. Para dar á sus actos un pretexto legal, los funcionarios se valieron de la falsedad, propalando, v. gr., rumores de que los armenios de la llanura de Mush vendían toda su hacienda para proveerse de armas. Mandaron allí al comisario de policía Hussni y ninguna prueba halló. Esto, sin embargo, no fué óbice para que en su dictamen dijese que los armenios se armaban.

La verdad sobre el Japón.

Si mucho hay de podrido en Rusia, no es menor el cenagal en que se halla sumida la existencia japonesa. Mr. Stephen England la describe con mucha brillantez y bastante penetración en el *Daily Mail*.

«En Tokio—dice England—no son en menor número de 200.000 los individuos que no saben cómo comerán al siguiente día. En el campo, la inmensa mayoría es demasiado pobre para que pueda comer arroz. Se exporta el que se cosecha de mejor calidad y se consume el malo. En opinión de un distinguido sociólogo japonés, el Japón ha visto ponerse el sol de su felicidad y de su bienestar para siempre, habiendo entrado en una época miserable de sórdido industrialismo, para el que no está preparado el pueblo. La entrada del Japón en el concierto internacional se hace á costa de la sangre de los ciuda-

danos, que no se derrama, como querrian, en las guerras, sino en las fábricas y en las granjas, en las tiendas y despachos. Imagínese la muchedumbre de arroceros cuyo trabajo se necesita inmolar para sostener á semejante monstruo.

El obrero japonés llega á su casa, después de una buena jornada, con 60 céntimos, que invierte en la adquisición de *miso*, especie de sopa, aceite, combustible, tabaco, y á veces un poco de pescado, que suele comer crudo con cransón. Compra á menudo y, como los pobres de toda ciudad, paga elevados precios. Si vuelve con las manos vacías, se apresura á ir á casa del prestamista, empeñándole por unos ochavos su preciosa pipa ó algunas prendas de ropa. Con el dinero compra tripas de pescado ó alfalfa para caballos, y á veces un poco de bandullo de las reses. Con ello refocila á su familia, haciendo votos para que el día siguiente sea mejor. Cuando viene el invierno le es menester una manta, y viene entonces otro ladrón de los pobres, el capitalista, que alquila mantas para las noches. Por un viejo trapo les hace pagar unos céntimos de alquiler. Este se paga por adelantado, y antes de que la familia se vaya á dormir, se presenta el cobrador á tomarles el dinero. Son muchos los que no pueden comprar ropa para la cama, y la espantosa tragedia del alquiler se reanuda cada invierno. Los traperos y barrenderos buscan alimento por la ciudad, y huronean por ella sin dejar ninguna inmundicia, de entre las que sacan restos podridos de la comida de tiendas, casas y fondas. El Japón da la última palabra de la pobreza.

Motín de presidiarios de Siberia.

Durante el mes pasado se produjo un motín singular en la población de Yakutsk. Varios deportados políticos, que se conducían por etapas á la región, pasaron por aquella ciudad el 2 de Marzo. Uniéronse á ellos otros deportados que residían por las cercanías, bajo la vigilancia administrativa, y en número de unos 40 fueron á protestar ante las autoridades de los malos tratamientos que se les infligían.

Como no se les diese satisfacción, se apoderaron de armas de fuego y se atrincheraron en una casa vecina. No lograron disuadirles las amonestaciones del substituto del gobernador ni del jefe de policía, aumentando el número de rebeldes por la noche con algunos deportados, que lograron penetrar en la casa.

Al siguiente día, 3 de Marzo, se les intimó á que abandonasen la casa, y no obedecieron. El día 4 se presentó en la casa del gobernador uno de los atrincherados y declaró con energía que sus camaradas se hallaban dispuestos á todo, y que para alcanzar justicia no retrocederían ante ninguna violencia, agregando que de acabarse sus víveres, se procurarían más. Y se atrincheraron aún con mayor fuerza que hasta entonces.

El substituto del gobernador en el interin hizo redoblar la vigilancia de la casa, dando orden para que se prendiese á los que saliesen de ella ó tratasen de penetrar en el recinto, mayormente si llevaban provisiones.

La actitud de los amotinados en 5 de Marzo se hizo más provocativa, esperando un pretexto para usar de las armas. Viendo que la fuerza armada no les acometía, dispararon contra los centinelas que custodiaban la casa, matando á uno de ellos é hiriendo mortalmente á otro.

Por la noche la tropa puso sitio en regla á la casa fortificada. Y en 20 de Marzo, después de una lucha que costó la vida á un sitiado y se hirieron á tres, se desalojó la casa y todos los amotinados, que llegaron al número de 56, fueron conducidos á la cárcel, aguardando que se les juzgue militarmente.